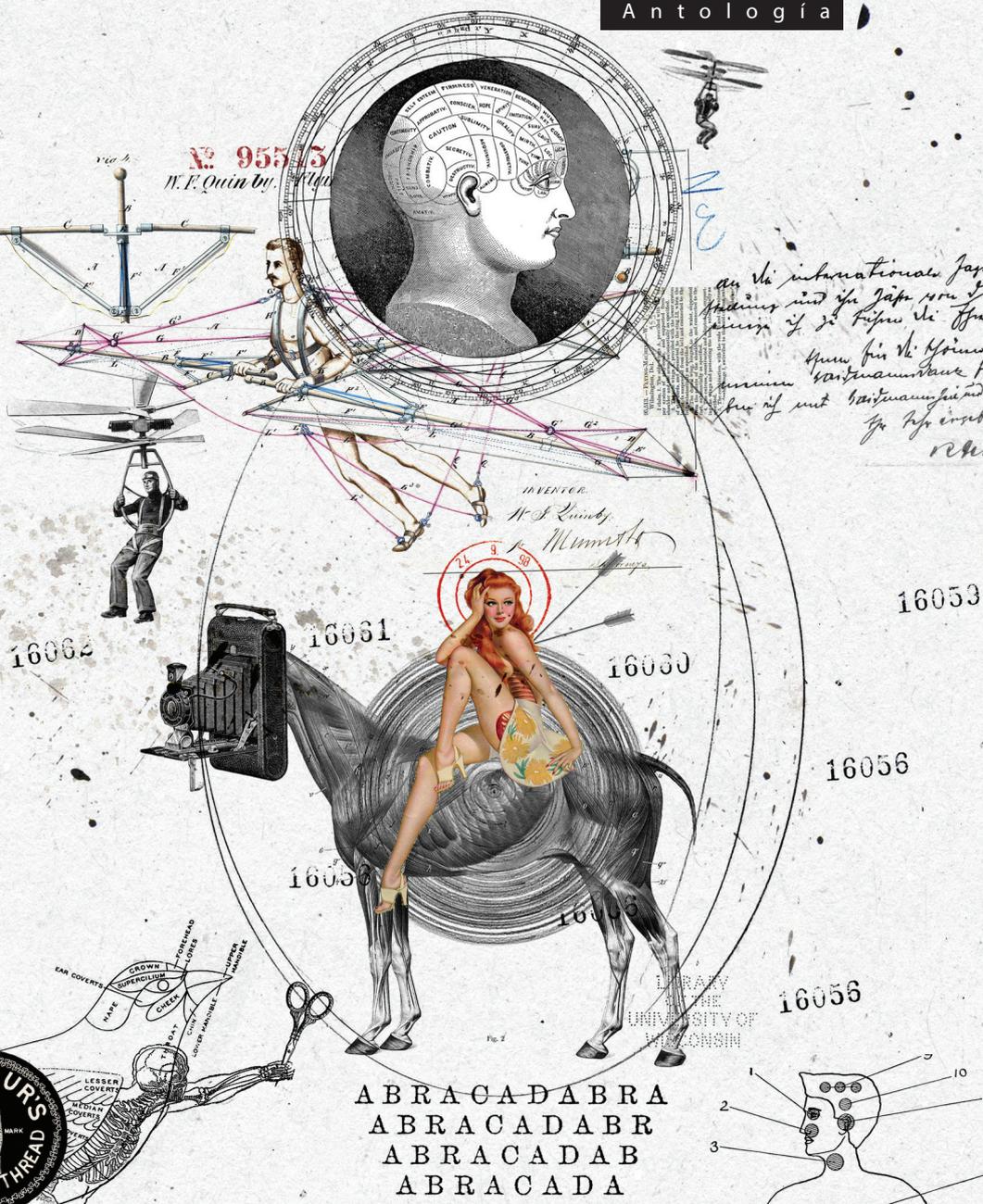


Extracto 2

Antología



No. 955
W. F. Quinn by

INVENTOR
W. F. Quinn
Mumukshu

an die internationale
Medizin und die ganze Welt
durch die Hilfe der
Herrn Dr. H. H. H. H.
Herrn Dr. H. H. H. H.
Herrn Dr. H. H. H. H.
Herrn Dr. H. H. H. H.

16053

16062

16061

16060

16056

16055

16054

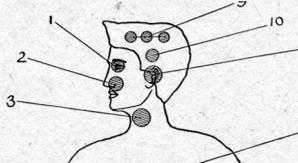
16058

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF
WISCONSIN

Fig. 2

ABRACADABRA
ABRACADABR
ABRACADAB
ABRACADA

OUR'S
MARK
THREAD



Extracto

-



Extracto

— d o s

Guatemala, 2016

Universidad del Valle
de Guatemala

Facultad de Humanidades
CLL

Edición por:

Esteban Arredondo

Diego Contreras

Marcela López

Joshua Morales

Juan José Solórzano

Vanessa Toledo

Ilustración de cubierta por

Álvaro Sánchez

Diagramación por

Marysol Dávila

Cindy Ruano



Excelencia que trasciende

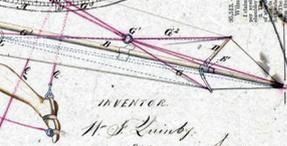
DEL VALLE
GRUPO EDUCATIVO



e^x
extracto



an die internationale post
sendung und für Japan von J
wegen of 23 Fugus die off
Kun für die Götter
unsern Vortragsweise
für die mit Vortragsweise
für die erste
1888



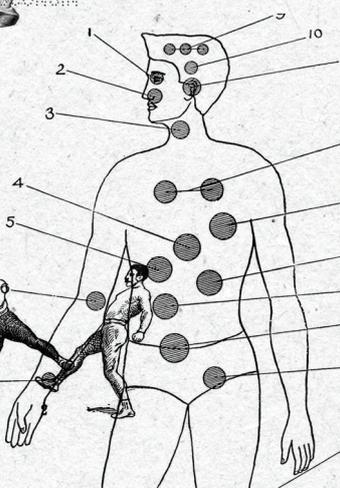
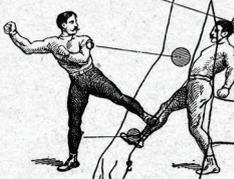
16053

16056

16056

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF WISCONSIN

ACADABRA
RACADABR
RACADAB
BRACADA
BRACAD
ABRACA
ABRAC
A



Prólogo

JUAN JOSÉ SOLÓRZANO

Extracto cumple un año y saca una segunda edición. Unos podrían pensar que es la lógica, el proceso a seguir. Otros pueden decir que es soberbia por el éxito de la primera edición y su papel cuché (¿fue un éxito?). Realmente es convicción y poder.

Esta edición vuelve a compilar textos que no encuentran armonía entre sí, no hay ningún discurso entre líneas, ningún mensaje secreto. La naturaleza hace mucho que nos abandonó, de ahí que solo nos quede la artificialidad, la emulación y la disonancia.

De los clichés a las exploraciones formales. De la literatura «seria» *al entertainment per se*. Hay autores que publican por primera vez, oxigenando y manteniendo los principios de la revista. Otros repiten en el *roster*; cimentando sus propuestas y expandiéndolas. Aquí todos los presentes han encontrado el espacio para navegar y hallar un GPS literario que indica una dirección de las múltiples posibles. De ahí que la existencia de *Extracto* sea para la irradiación de nuevas voces.

Esta revista es un ejercicio que busca desmitificar los procesos de publicación. En la globalidad todo vale y todo se consume. En el desarrollo no hay certezas, solo hay reproducción y difusión, sondeos y eficiencia.

Lo más importante de *Extracto* es su dilución, porque solo de allí se puede extraer su esencia.

Índice

Narrativa

En busca del medio 11
SOPHÍA DÁVILA

Caótico amor 27
HANNA ORELLANA

El gato de la princesa 37
CÉSAR YUMÁN

El tiempo 43
MARCELA LÓPEZ

En una burbuja 47
PAULINA LÓPEZ

Hombrecillo 53
FERNANDA DÁVILA

Ese día que tampoco es hoy 57
A. THOMAE

La tragedia 63
MARÍA ANDRÉE FIGUEROA

Las niñas de las tinajas 69
JESSICA MARIE MO VANEGAS

Monarca 73
ANGÉLICA QUIÑÓNEZ

Parricidio 77
W. RICARDO

Proemio

La estética de las posibilidades 95
JOSHUA MORALES

Arte gráfico

97
VANESSA TOLEDO

Ensayos

La habitación literaria de las mujeres 109
BEATRIZ HERRERA

La forma y el subtexto como medio
para ser internacional 121
ALEJANDRA MA. OSORIO

Poesía

La noche en las pupilas 131
A. THOMAE

Big bang magenta 133
MARÍA DE LOS ÁNGELES
LINARES MENDOZA

El Poeta 135
PAOLA VÁSQUEZ

Ácido deseo 137
LAURA ARÉVALO

La belleza de la muerte 139
MARÍA ANDRÉE FIGUEROA

Intitulado 141
MARIANA GRAZIOSO

Un adiós entre labios 143
PAULINA LÓPEZ



Extracto

—
NARRATIVA

Narrativa

En busca del medio

SOPHÍA DÁVILA

Cielo, tierra, el medio

Siempre me he preguntado si existe algo en medio del cielo y la tierra. Algo, entre la vida y la muerte, una post-vida o pre-muerte. Un espacio, un bloque, una dimensión, un universo que nos separe de la vida en la tierra y la vida en... ¿el cielo? Siempre he creído que el cielo es una concepción de perfección totalmente subjetiva; mi cielo es diferente al tuyo. Sin embargo, a veces, creo que el cielo es un espacio detallado de perfección colectiva, una perfección tan indefinible que ni siquiera podemos pensarla. No tenemos idea de ella, porque es demasiado para la mente y la imaginación humanas, pero en algún momento la compartiremos. Y aunque quiera definir mil veces «cielos» diferentes, no es su existencia la que quiero comprobar, sino la existencia de «eso» que está en medio. Somos apenas seres de carne y hueso, pero ¿existe un alma?, ¿una psique? Creo que sí. No logro explicarme, por más estúpido que suene, qué es esto que piensa y siente metafísicamente, así, tan profundo.

Estoy desesperada de la monotonía de la «vida». Lo mismo todos los días, todas las horas,

todos los minutos, todo. Quiero conocer eso que se esconde entre dimensiones invisibles, intocables, lo necesito. Si morir me lo concede, lo haré. Tomé la decisión hace meses. Lo que pasa es que no soy lo suficientemente valiente, pero talvez sea lo suficientemente curiosa. La muerte no me da miedo, lo que me da miedo es pudrirme entre tanta rutina. Sé que mi muerte no sería muy dolorosa, mi madre llorará, a mi padre nunca lo conocí, no tengo hermanos ni hermanas. ¿Amigos? Algunos. No me importa morir... o talvez sí. No pensaré en ello para no arrepentirme.

A la espera de un milagro

Hoy es el día, lo he sentido desde el minuto en el que me levanté. Solo pienso... «¿acaso estoy a punto de suicidarme?». Río. Lo hago porque nunca me creí capaz de estar tan cerca. No estoy segura de si hacerle una carta a mi madre o darle un profundo abrazo, que cada vez que lo recuerde dure una eternidad. No, no sé cómo lograr eso. Una carta será. Además, ella merece una explicación. Nunca fue la mejor mamá, pero sin duda, nunca fue una mala madre: en verdad la amo.

Estoy sentada en el jardín, ¿qué pasó con todas las flores que lo adornaban? No me doy cuenta de los cambios hasta mucho después, creo que no soy muy observadora. Quiero esperar algo, inconscientemente, que me haga cambiar de opinión. No pasa nada, ni una llamada, mensaje, carta, abrazo, nada. Entonces, me doy cuenta de que no hay razón para seguir aquí, existiendo. No pasará nada si me voy, el mundo seguirá siendo el mismo. Talvez se pregunten el porqué de mi partida, pero no serán más que algunos meses. Pienso si quisie-

ra llevar algo conmigo, ¿mi iPad?, ¿mi compu?, ¿mis libros? No, no quiero nada, no me servirá. No quiero cosas que me recuerden este mundo. ¿Lo recordaré todo? Por un instante, tengo miedo. Quizá tenga miedo de no significar nada para nadie, pero qué más da. Quisiera no recordar nada. ¿Qué pasará si solamente me traslado de vida? No, no quiero vivir de nuevo. Quiero saber qué es lo que se encuentra entre la vida y la muerte.

Es un día nublado. Ojalá llueva. Me gusta la lluvia, me gusta el olor a tierra mojada. Me sabe a tristeza; no, me sabe a melancolía. Mi mamá entra por la puerta oxidada que conecta el patio con el jardín. Es hermosa, siempre lo ha sido. Sin embargo, se ve cansada. Probablemente yo sea la causante de su cansancio. Siempre lo ha hecho todo por mí: sacrificios, crianza. Ha pasado por tantas cosas. Mi padre se fue cuando yo apenas era una bebé, ni siquiera recuerdo su cara. ¿Será un acto desconsiderado que me suicide? No, no creo que lo sea. Le he causado muchas arrugas y malos ratos. Quizás cuando me vaya, ella pueda rehacer su vida, conocer a alguien, casarse. La amo y siempre la amaré. Se merece una nueva vida, sin mí.

Suicidio

Listo. Una carta de diez páginas a mi madre. Está bien, es algo loco de explicar. No quiero decirle adiós a nadie más. Siento que estoy preparada. Comí mi platillo favorito (de pura casualidad); tengo puesta mi ropa favorita (esto no es casualidad). Los cuatro botes de pastillas para dormir están en mi mesita de noche. Mi madre está en una cena. Creo que es hora. ¡Tiempo! ¿La forma de suicidio afectará mi entrada a ese universo?

No lo sé, no haré nada al respecto. Si no lo hago ahora, sé que no lo haré. Me siento nerviosa, pero poderosa, fuerte, convencida. ¡Agua! Qué tonta, ¿con qué creía que iba a tomarme cuatrocientas pastillas?

Siete cincuenta de la noche. Esperaré a las ocho en punto; el ocho siempre ha sido mi número favorito. Estoy en mi cuarto. Lo observo con cuidado, cada centímetro. Tal vez pueda recordar algo en esa dimensión. ¿Por qué es tan colorido? Es decir, mi cuarto, es demasiado colorido. Nunca fui una persona colorida, es absurdo. Siento que este cuarto no es mío, ¿quién soy yo en realidad? ¡Pará, Mar! Déjate de tratar de entenderte. Si en diecinueve años no lo has hecho, creo que este no es momento para ello.

Siete cincuenta y nueve. Estoy lista. He puesto mis canciones favoritas para que suenen durante el proceso. Inicia *Fly me to the moon*. Comienzo con el primer bote de pastillas. Las tomo una a una; son azules. Llevo alrededor de veinticinco pastillas y ya no puedo tomar más agua, me siento inflada. Descanso un rato y comienza *Angel*, Sarah McLachlan. ¡Auch! Mi cabeza empieza a palpar y es como si me dieran martillazos. Algo anda mal. No importa, sigo tomando mis pastillas. No son azules, son verdes. ¡Tal vez sean azules y no verdes! Quizá yo las vea verdes, pero para alguien más el verde es amarillo... ¡Pará, Mar! No empecés con esas preguntas, ahora no. Cuarenta pastillas y son las ocho veinticinco. Estoy empezando a dudar. *Send me the moon*, Sarah Barailles. Ya no las tomo una por una. Ahora, todo lo que pueda tragar. Tengo miedo de intoxicarme, vomitar y no morir.

Leo el pequeño bote, tan pequeño como el valor de mi existencia. Dice que se deben de sentir

los efectos en un aproximado de treinta minutos. Esto está mal. ¡Ya he consumido un bote entero! He de mencionar que cada bote contiene cien pastillas. «¡¿QUÉ PASA?! ¡NO! No siento mis piernas, ni mis manos. ¡Vamos, Mar! Un bote más, si no, no morirás». *La vie en rose*. Lo hago lo más rápido que puedo, pero mis manos no hacen lo que mi cabeza dicta. Derramé el agua en mi libro favorito, *Rayuela*. ¡Soy una estúpida! «No importa, estaré muerta en un rato». ¡Bien! Ciento veinticinco pastillas, lo lograré. Se cae todo un bote y pienso que son cucarachas. Me siento mal. Siento nauseas, pero sé que vomitar no es una opción. Todo se ve muy borroso. *Canon en re mayor*. Pienso que Pachelbel siempre fue el mejor compositor, aunque todos me contradigan. Nueve en punto. Estoy nadando, veo muchos colores. Es como un cuadro impresionista de Monet. ¡Tantos colores! ¿Y mis manos? No las siento, tampoco mi cabeza, tengo mucho dolor de estómago y de cabeza. ¡Por fin! Siento mucho sueño, mucho. *A river flows in you*.

Mis ojos se cierran involuntariamente. Es hora, mi hora llegó... ¡No! Duele. Por favor, necesito ayuda. ¡Duele! Quiero gritar, nadie me escucha, lo sé. Lo sé porque no puedo gritar. ¡Ayuda! No quiero morir. Me arrepiento. Por favor, ayuda. ¿Por qué no puedo gritar? ¡Ayuda! Lo siento, fui estúpida, no quiero morir, solo fue un experimento. ¡Auch! No puedo más, alguien que me ayude, por favor. Mis pensamientos no son tan fuertes como para gritarlos. ¡Duele! Me duele algo que no es mi cuerpo. No sé lo que es, solo sé que es dolor. Todo se ha vuelto negro.

El túnel

Ahora sé que duermo, ya no duele nada. ¿Duermo? ¡No! Se supone que debería estar muerta. Ojos, ábranse, por favor. Nada, es imposible. ¿Estoy en coma? Mierda, lo estoy. Haré un esfuerzo por sentir mi cuerpo. Nada, es inútil. No me siento cansada, no quiero dormir. ¿En qué estado estoy? ¿En dónde estoy? Espero no estar en un hospital. Espero que nadie me haya encontrado, me daría vergüenza. Estoy en un hospital. Me siento estúpida por no haber muerto. ¡Mentira! No me siento así. No siento, en realidad. ¡Mi mano se mueve! Infierno, estoy en el infierno. Lo sé porque siento mucho calor. Es una idea estúpida, Mar, no estás en el infierno. Ahora pienso en Dante. ¡Tiempo! Si puedo pensar en Dante, es porque recuerdo cosas. ¡No estoy muerta!

¿Qué es eso? ¡Soy yo! Soy yo de pequeña. Era hermosa. ¡Mi cumpleaños! Mi primer beso, mi primer viaje, peleas con mi prima. ¡Ahí me quebré la pierna! ¿Quién es él? ¿Qué está pasando? ¡Tantos recuerdos! Ahora entiendo. Estoy viendo el túnel blanco con toda mi vida, todo pasa tan rápido. ¡Qué cliché! ¡Wow! No recordaba tantas cosas. Es hermoso, sin duda. Si he visto todo eso, supongo que estoy muerta, pero ¿a dónde me lleva este túnel? La luz es hermosa, es celestial, quizá. ¡Es realmente hermoso! Es inevitable caminar hacia ella. Me acerco lo más rápido que puedo, es simplemente hermoso. Es hipnótico. Ahora camino despacio y serenamente. Me hace sentir algo, ¿paz? Estoy volando, levitando, lentamente. No hago nada. La corriente me lleva. Cierro lo que creo que son mis ojos, pues no veo mi cuerpo en realidad. Ya no hay nada, solo paz. Duermo.

¿Qué lugar es este? ¿Cuánto tiempo habrá pasado desde que tomé esa primera pastilla? ¿Por qué recuerdo todo? ¿En dónde estoy? Un cuarto... ¿blanco? Eso es todo lo que veo. Trato de buscarme. Mi cuerpo, mis manos, mis pies, no veo nada. Empiezo a tener consciencia de mí. No soy un cuerpo, soy una imagen de ello. Soy una imagen inexistente de lo que razono, de lo que fui. ¿Estoy usando la razón? Eso quiere decir que aunque esté muerta, la razón me persigue. Qué estupidez. Grito «¡Hola!». Nadie responde. ¿Cuál es la función de este cuarto blanco? ¿Por qué no es azul? El azul es hermoso, pienso. ¡Wow! Ahora es azul. Pienso en verde y el cuarto se vuelve verde, es chistoso. Así, juego por unos minutos, ¿minutos? Ya no recordaba esa medida de tiempo. El tiempo no importa ahora. ¿Qué es eso? Escucho una voz; me es familiar. ¿Quién es?, pregunto.

—Tú, yo, no importa.

Es una voz muy dulce pienso. Me es demasiado familiar.

—Sí importa. ¿Cómo te llamás?

—Me llamo Mar.

—Yo también me llamo Mar.

—Lo sé, somos la misma.

—¿Qué? ¿Dónde estamos?

—¿No lo sabés?

Ahora veo una puerta, una puerta peculiar. Es pequeña. Pareciera una puerta para enanos.

—Salí de ahí, quiero verte.

Una pequeña niña se acerca a mí y me saluda. Yo me quedo estática. Solo siento que lloro. Llora de alegría, de nostalgia, es raro. Ella soy yo, es... soy tan pequeña y vulnerable, inocente, hermosa.

—¿Por qué llorás?, pregunta.

—Porque sos hermosa.

—Sí, lo sé. Soy vos.

—¿Qué lugar es este?

—No tiene nombre, pero es tu lugar, el mío y el de las otras, Mar.

—¿Hay otras?

—Sí, pero solo conocerás dos más.

—¿Por qué?

—No hagás tantas preguntas. Solo tengo seis años, no sé mucho aún.

—Lo siento, es que no entiendo.

—¡Adiós!

—No te vayás, por fa...

Se fue, se fue saltando. Era hermosa e inocente, amable, vulnerable, bondadosa, noble. Lo supe solo con ver sus ojos. Era una representación física de la pureza. La pude ver a ella, pero no puedo verme a mí. Busco desesperadamente la puerta. La encuentro. Es más grande ahora. ¿A dónde me llevará? Necesito respuestas. Esto no es el cielo, es demasiado aburrido para serlo. Si este es el cielo, hubiese preferido quedarme viva. Por lo menos ahí había comida. ¡Wow! ¿Qué es esto? Mi comida favorita, *fetuccini Alfredo*, aparece como por arte de magia. Luego me doy cuenta que todo lo que imagino aparece. Juego con ello. Hago aparecer muchas cosas, pero no duran más que unos pocos instantes. Recuerdo la puerta, la abro y me lleva al mismo cuarto. Imagino que me lleva a algún lugar, pero no funciona. Trato de nuevo y nada. Escucho una voz, me da escalofríos. En este momento, tengo mucho miedo.

Cierro mis ojos; los abro. Ahí está. Sabía que sería ella. Soy yo, a los quince años: la peor Mar que pudo haber existido. Anoréxica, amargada. Fui tan mala. Herí a tanta gente. Tan joven y marqué la vida de tantas personas. Tantos insultos, no sabía que se volvería algo tan grande. Me di cuenta del poder de manipulación que tenía en mis manos.

Jugué con la mente de tanta gente que me quería. Fue como si un demonio se hubiese apoderado de mí. Hice que mucha gente se volviera anoréxica, mis amigas, mis compañeras. Hice sufrir a tantos hombres, hice golpear a tantos niños, solo para comprobar la fuerza del poder que podía ejercer en los demás. Pero luego, todo eso desapareció. Me mudé a otra ciudad e intenté olvidar.

Ahora, entiendo que este no es el cielo, ¿por qué recordar algo que duele? ¿Es este el purgatorio? No creo. No veo a Catón de Útica, por ningún lado. Estoy atada. Ahora siento mi cuerpo, se siente pesado. Trato de no verla a los ojos. Ella es una parte de mí, una parte de la cual me avergüenzo.

—Suicidio.

—¿Qué querés?

—Sigo siendo vos, siempre estuvo el bien en mí.

Lo que pasa es que fue el tiempo del mal, en ese momento.

—¿Qué es este lugar?

—Las respuestas están en vos.

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

—¿Te suicidaste?

—Ya lo sabés.

—Fue una decisión estúpida. Sabés que ya no te podés hacer para atrás.

—Ya estoy aquí.

—¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé, quería entender algunas cosas.

—¿Y luego qué? Estás muerta.

—No sé, no sé. No lo pensé.

—Sabés que sos una buena persona, ¿verdad?, que había mucha gente que te quería, que te quiere. No podés ser mala. No tiene sentido. En tu alma hay demasiada bondad, por eso sufrís cuando me ves. Podrías hacer muchos cambios en el mundo. No sos insignificante. Sos magnífica.

—Estoy muerta.

—No lo estás.

—¿No?

—No.

Me quedé fría y ella se fue. Ni siquiera pude llamarla. Se fue. Imaginé un jardín hermoso, unos columpios, unas aves, el cielo nublado. Y se hizo. No duró. Se convirtió en truenos, nubes negras, ruido. Fue horrible. Todo lo que tiene que ver con esa Mar, me hace daño. Luego todo se despejó. Estaba tranquila. Veo un arco iris y huele a fresco, a lavanda. Veo un jardín. Es hermoso. ¿Es esto un renacer de sentimientos? Siento como si dejase atrás ese dolor, el dolor que me causa esa Mar, el dolor que me detuvo y me enterró. Talvez...

Los días siguientes, por dar una medida de tiempo, fueron largos. Decidí leer; no pude. No pude imaginar ni un libro entero, solo lo que recordaba o imaginaba completo, aparecía. También, imaginaba personas que conocía, pero cuando se creaban, se creaban a la mitad, borrosas o irreconocibles. Ahí, me di cuenta de que no conocía a nadie en realidad. Me sentí impotente.

Luego, los días transcurrieron de una manera magnífica. Disfruté de paisajes creados por mí, volé por el universo y jugué con cebras. Bailé con monos y soñé con unicornios. Pinté como Valenti y canté como Regina Spektor. Escribí como Molière y me burlé como Ionesco. Soñé como Ana Frank y lloré como mi madre. Fue espectacular. Recorrí mi mente hasta quedar exhausta, pero me di cuenta de que no me gusta estar sola. Es decir, quise compartir tantas locuras, pero fui incapaz de crear a alguien. Hice algunos intentos, pero ninguno perduró.

No entiendo todavía en donde estoy, solo sé que puede ser lo que yo quiera. Paisajes hermo-

sos, lugares místicos, letras flotantes, música exquisita, colores, cosas, pero nunca personas. ¿Es esto lo que está en medio de estos dos mundos? ¿La tierra y el cielo? ¿El limbo? No lo creo. Es más una vaga representación de anhelos a medias. Es un universo, una dimensión incompleta. ¿Qué es ese ruido? ¿Pasos? Lo son. ¿Quién es ella? Seguro otra Mar... pero no la reconozco. Es vieja.

—¿Por qué me ves así?

—Lo siento, no la reconozco.

—¿No te reconocés? Está bien. Soy vos, un poco más grande.

—¿Por qué? Estoy muerta, no creceré más.

—Estoy aquí para aclararte ciertas cosas.

—¿Cuáles?

—Haceme las preguntas que querrás.

En ese momento, me quedé en blanco. No sabía qué preguntarle.

—¿Qué hago en este lugar?

—Reflexionás.

—¿AH? ¿Qué es este lugar?

—No tiene nombre.

—¿Es este mi cielo?

—Jajajaja. No, no lo es.

—Explíquese.

—¿Por qué te suicidaste?

—No lo sé, quería descubrir lo que había en medio de la vida y la muerte.

—No lo sabrás hasta que sea tu hora.

—¿Estoy muerta?

—Aún no.

—¿Entonces qué es este lugar?

—Este lugar es un lugar de segundas oportunidades.

—No comprendo.

—Mar, tenés una segunda oportunidad de regresar al momento antes de tu suicidio y vivir.

—No me gusta la vida.

—No la has sabido aprovechar.

—Usted qué sabe.

—Más que vos.

—No.

—Soy vos, ¿recordás? Solo que con más experiencia. No existiría si no hubieras tenido esa segunda oportunidad.

—¿Es usted mi futuro?

—Lo soy.

—¿Tengo otra opción? ¿Cómo quedarme en este lugar para siempre?

—Este lugar no existe.

—Eso es estúpido.

—No lo es. Regresá y disfrutá de la vida. Todavía existe mucho que debés hacer, mucho que debés soñar, crear, amar...

—No quiero hacerlo.

—No hay otra opción.

—¿Cuándo regreso?

—Cuando yo me vaya.

En cuestión de segundos, apareció un juego de tetera y tazas, hermoso. Tomamos té de manzanilla. Siempre me ha gustado y por lo que veo, me gustará hasta el final de mis días. Me dio algunos consejos de vida; en realidad, me los recordó. No podía decirme nada que no supiera. Me habló sobre que yo no había amado a nadie aún y que no podía dejar la tierra sin hacerlo. Lo describió tan hermoso, que me hizo extrañar un poco la tierra. Me recordó todos los sueños que tenía y que debía cumplir. Volamos un rato por mi mente y reímos. Ella era tan sabia y ajena a mí. No sentía que esa Mar fuese yo. Es decir, éramos tan iguales, pero tan diferentes.

Me dijo que aunque sabía que yo no creía en las segundas oportunidades, debía darme a mí misma

las que pudiese. También me dijo que seguro me frustraba muy fácil, pero que eso no significa que no lo pueda volver a intentar. Decía a cada rato que debía confiar en las personas, que no todas eran iguales. Me habló de tantas cosas. Me pareció un ser maravilloso. No podía creer que me iba a convertir en alguien tan extravagantemente increíble. Después de tanto recordar, se fue. Esperé que llegase mi partida, pero, en vez de ello, dormí.

Desperté y seguía en el mismo sitio. Busqué a Mar y no la encontré. ¿Por qué no he regresado a la tierra? Era mentira. Nunca podré regresar a ella.

—No te preocupés tanto, viví la vida sin tantos miedos. Las equivocaciones nos hacen aprender.

—Pensé que ya se había ido.

—Aún no. Por favor, recordale a nuestra madre que la amás, todos los días que podás. Lo necesita.

—Lo haré.

—No dejés de pintar tantas maravillas en los corazones de las personas, el mundo necesita de tu nobleza.

—¿De qué hablas?

—Descubrílo.

Todo se volvió blanco. Dormí.

Tierra de nuevo

¡Auch! Me duele todo el cuerpo. ¿Qué es ese olor? Huele a medicina. Encuentro el reloj. Siete cincuenta y nueve. Escucho a lo lejos *Fly me to the moon*. ¡Qué familiar se me hace todo! ¿Estoy de regreso? Los botes de pastillas para dormir están sellados. ¡No puede ser! ¿Pasó todo en realidad o fue un sueño? Me río mucho y no entiendo nada. Pienso y analizo cada fase de aquello que no sé qué fue. No entiendo, ¿qué era ese lugar?

¡Me siento muy cansada y adolorida! Destapo un frasco de pastillas y tomo solo una. Duermo. No sueño con nada. Demasiada fantasía, supongo. Estoy feliz, durmiendo. Estoy feliz.

Despierto y me siento renovada. No puedo creer que haya sido un sueño. Se sintió tan real. Tal vez lo fue. ¿Qué pasó? Me preparo un café bien cargado. Veo a mi mamá y le doy un abrazo lleno de energías y le digo que la amo. ¿Qué pasó? Fue involuntario, nunca lo hago. Me siento a la orilla de mi cama y recuerdo todo. Sí pasó. Me doy cuenta que la vida aún no termina, al menos, no para mí. Escribo todo lo que viví y escribo mis sueños también. No logro comprender, ¿qué era ese lugar? ¿Era acaso lo que se encuentra entre el cielo y la tierra? O, ¿fue un viaje al interior de mi ser?

-

La vida en la tierra

Todavía estoy aquí y trato de alejarme de las pastillas para dormir. También trato de mantenerme despierta lo más que puedo. Quiero estar alerta cada instante de lo que pasa en este mundo. Entendí que la rutina es aburrida, si la construyo y la sigo. Mis días están llenos de color y comprendo por qué mi cuarto es tan colorido, siempre lo tuvo que ser. Soy una persona llena de colores. Ahora lo entiendo. No puedo dejar de pensar en lo que experimenté. Segundas oportunidades. Suena ridículo, pero estoy llena de vitalidad. Quiero hacer tantas cosas. Lo único que necesitaba era dar un paseo dentro de mí. ¿La vida es bella? No, no lo es. Sin embargo, existen muchas cosas bellas en ella. Me siento querida, fuerte, linda, revolucio-

naria, poderosa, lozana. Me siento Mar. Aún no entiendo qué era ese lugar, tampoco quiero entenderlo. Cuando logro definir momentos mágicos, pierden importancia. Hay cosas que no deben de ser comprendidas, al menos, no por el momento. No dejo de pensar en las paredes blancas, en la puerta, en Mar, en mí. La mente es poderosa, supongo.

O

r

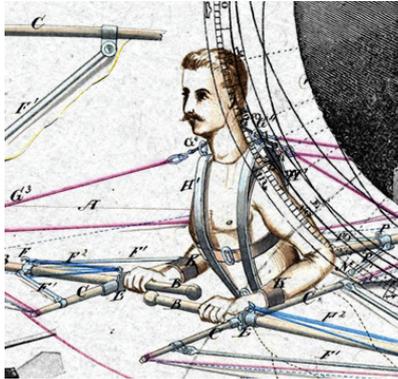
t

t

a

X

c



E

Narrativa

Caótico amor

HANNA ORELLANA

—
14 de enero de 2013

Un año más empieza. No me quejo. Mis expectativas son amplias. Hay sombras de duda y de temor a mi alrededor: este es el año de las grandes decisiones. ¿Qué haré con mi vida? De alguna manera sobrenatural debo encontrar el camino a seguir. Percibo una bonanza, la calma continúa, pero abruptamente puede ser cortada. Amigos, familia, lo que necesito. Me perdí en un par de mundos de ficción durante el descanso: concluí que deseo un elemento de adrenalina y emoción en mi día a día. Mi anhelo es tener una existencia que marque la historia de la humanidad. Nuestra relación está bien: le he prometido la dedicación de más de mis minutos. Sospecho que la estricta rutina de mis días, a partir de mañana, ayudará a que mis prioridades estén en su lugar. Él es maravilloso: la certeza que poseo es que me ama. Aún no he dimensionado cuánto.

—
20 de febrero de 2013

Mi mente no se desprende de ello. Una canción llegó a mis oídos, pero no pude explicar cómo su

amor era calificable como «caótico». Perfección. Belleza. Incontenible. Consolador. Adjetivos que se ajustan a mi visión de su amor. Aun así, ese sentimiento representado así: un rompecabezas que mi alma debe resolver. Parece ser que mi intelecto no es suficiente. Dentro de mí, algo me dice que no hay cómo describir su amor; es en verdad caótico. Ser paciente y dulce es su ser intrínseco. Él, ¿caótico? Nunca llegará a tal punto de adrenalina. Caótica, tal vez, yo. Soy un desastre. Caótica: mi agenda. Caóticas: mis prioridades. Caóticas: mis emociones. Caótica: mi lista de cosas por hacer. Adiós. Espera, no recuerdo la última vez que hablamos, solos los dos, perdidos el uno en el otro.

28 de febrero de 2013

Mi interior borboteaba. En un intento inútil por hacer todo, no alcancé nada. Desesperación frustrante, aunada a un deseo fútil de probar mi grandeza innata. Mientras la ansiedad se arrastraba sigilosamente hacia las cavidades más profundas de mi mente, se me nubló la vista. Despacio, perdía el aliento cada vez más. Manteniendo la mirada atenta a todo un panorama, no logré enfocarme en nada. Mi ánimo desfallece. Mis entrañas estallan en un frenesí incomprensible. Y aún así, la cotidianidad no ha escapado de los latidos de mi corazón.

2 de marzo de 2013

Le dije que no. Que no. Puedo amarlo, puedo soñarlo. Sé que él es perfecto. Lo sé. Él es mi ideal. Pero mis imperfecciones son abrumadoras. He ganado por *default*. En tanto que él no hacía más que anotar, yo no podía evitar fallarle, vez tras vez,

de manera que mi puntuación es aplastante. Me rindo. No sirvo para esto. «Olvídate de mí. Date por vencido. ¿Qué has visto en mí? ¿En qué consiste mi valor ante tus ojos?». Mi boca continuaba profiriendo impertinencias; él, impasible. Quisiera poder olvidar esa audaz mirada. Ninguna de sus réplicas rompieron el inquietante silencio. ¿Acaso existe un ser más imperfecto e irreparablemente inconstante que yo en el universo? Lo dudo. Me volví invisible al dolor. Ya no debía de excusarme por dejarlo solo, esperando... innumerables veces. Jamás me acusó, jamás me hirió. Simplemente, permaneció allí. Me pareció haber alcanzado una libertad, dejando atrás la culpa, perdiendo el sentido.

6 de marzo de 2013

Mis días avanzan: giros vertiginosos descendentes a la más oscura de las realidades. Parece haberse accionado la palanca de autodestrucción. ¿Qué hice? ¿Por qué todo empieza a gritar desesperadamente que se avecina el acabose? Mi orientación: el oeste. De súbito, y sin darle tiempo a mi cerebro para acomodarse, regreso hacia el este. Detesto la ambigüedad. ¿Puede acaso ser que tanto el oeste como el este sean buenos? ¿No puede haber un balance negativo? ¿Por qué no hay un letrero fluorescente que me indique el camino? La pregunta «¿qué decisión...?» se ha borrado. Mis circunstancias me han obligado a girar mi brújula. Odio la desorientación... Espera, olvidé qué es odiar. Parece que mi mente embarra todo con ello. Dime, ¿hay algo bueno aquí? Seres insensibles, irascibles me rodean. ¿Pertenezco verdaderamente a este lugar? No me atrevo a siquiera llamarlos por su especie. Son un tipo de anomalías cósmicas en

este universo mío. ¿Qué pasa? En un parpadeo me he tornado en un ser insociable. Tal cual. ¿Alguien me entiende? ¿Hola? ¿Alguien me escucha siquiera?

10 de marzo de 2013

Estoy estancada. Un pantano de desgracia me rodea. Creo que he tocado fondo: ¿puedo ir más allá aun? Al menos, es relativamente cómodo. Sin la bruma. Sin la pegajosidad. Sin el frío. Sin la soledad. Están allí, los veo, pero carece de importancia. ¿Qué es sentir? Parezco estar muerta en vida. Desearía permanecer dormida: inconsciente de los humanos que me rodean, ignorante de que existo. Recuérdame, ¿qué es vivir? Quizá es una especie de letargo. No me molesta. Solo quisiera no tener que enfrentarme a la realidad; únicamente dormir para siempre, tal vez. No sé. No lo sé. ¿Sé algo cierto? No sé. El sujeto colocó una obra de arte en mi ventana hoy. Por desgracia, me di cuenta que era suyo. ¿De quién más? No le intereso a nadie. Aún no sé si me ama, después de todo... Espero que haya notado mi absoluta sinceridad. No es la primera vez. Sus mensajes siguen llegando. Sus invitaciones siguen pendientes. No escucho su voz, pero sé que piensa en mí. Pero no, no puedo. No entiendo por qué me busca. ¿Qué tengo yo de él? ¿Le he robado algo, tal vez?

19 de marzo de 2013

Lo único que evita que yo sea la autora de mi fin es un dogma religioso. Si existe un lugar peor que este en que vivo ahora... Olvídalo. Ya es este suficientemente aborrecible. No irritaré más al Rey de los cielos: solo Él puede tomar el aliento de

vida que le pertenece. Al parecer, estar sentada en esa banca tantos años probablemente me limite. Por mi bien, quizá. Simplemente, no quiero que mi sequedal se inunde, claro, de dolor inimaginable. No obstante, me aseguro, con cada momento que pasa, que debe existir una realidad ligeramente mejor que la presente. Al menos, un paraíso en donde no deba lidiar con intereses, con opiniones, con deseos, con sueños, con confusiones, con malentendidos, con querellas, con arbitrios, con crueldades, con pasiones, con apariencias.

En fin, la cabaña del ermitaño ya no está tan lejos de mi imaginación. Busco paz. Si es que existe. Lamentablemente mi lógica previsoras no ayuda a mitigar la sed de mi alma. Parece que es complicado en exceso huir. Temo a un mal mayor. Mi misión y más grande anhelo: escapar de cualquier sufrimiento. No hay nada por lo que valga la pena luchar. Pido la muerte. Esa clase de fenómeno indoloro en el que simplemente dejara de existir. Misericordia divina, haz algo. Lo extraño. Ya no he recibido nada suyo. Dejé de insistir: o dejé de sentirlo. ¿Ya no escucho? Me dejó de amar. No lo culpo. Me pregunto si alguien lo hará algún día, en algún lugar. Estoy segura de que en mí debe haber algo digno de ser amado. Algo más allá de mi inconstancia, de mi debilidad. Tampoco sé qué es lo que me asegura eso. ¿Y si no fuera así?

—
23 de marzo de 2013

Quiero llorar. No he llorado en mucho tiempo. Imagino que mis ojos han olvidado cómo se hace. Me da igual saber que ese dolor está ahí. En cualquier momento explotaré. ¿Y qué? Quiero decirle que lo siento. Desde que lo abandoné, desde que

supuse que nunca funcionaría, desde que lo culpé por mis deficiencias aberrantes... todo colapsó, incluso mis fortalezas. Acabo de... despertar. «Te necesito». murmuré, esperando que me escuchara. Me vi allí, sentada, sola, anhelando como nunca su cálido abrazo. Sus tiernas palabras. Algo, lo que fuera. Incluso el silencio a mi alrededor era cortante y frío, impenetrable. Pensé que saldrían lágrimas de mis ojos. Pero no sucedió nada. Quería que supiera que me había equivocado. No era necesario que arreglara mi caos. Solo necesitaba su compañía. Su amor, si es que aún había algún resquicio de él en su corazón. Si es que yo tenía potencial aún, si es que todavía merecía ser amada, si él consideraba que luchar por mí valía la pena.

26 de marzo de 2013

«Olvidaste algo... Hace un par de años me diste tu corazón, tu vida, tu todo. Y lo decías en serio. Olvidaste que me perteneces. No importa si te diste por vencida contigo misma, yo no me daré por vencido contigo. Jamás». Caí. El golpe en mis rodillas no fue doloroso, no tanto como el impacto a mi realidad. Unas pocas palabras... cambiaron mi vida para siempre. Y, como nadie, me dejó sin ninguna. Y sin fuerzas también. Supe que ya no tenía por qué luchar sola. Todo se aclaró: una sombra, un peso, una oscuridad asfixiante. Se fue. Por siempre. Definirlo, no puedo. Describirlo, paradójicamente imposible. ¿Encontraré la manera de agradecerte? ¿Encontraré las palabras para amarte? ¿Cómo respondo a esto? Otra vez, no sé.

—
1 de enero de 2014

Mi Amado:

Dime, ¿hay palabras para explicar lo que sentí esa noche? Todavía no estoy segura de haber encontrado las palabras. ¿Existen? Fue como si de pronto todo se apagara en el más profundo silencio. Una poderosa corriente de agua se abalanzó sobre mí, refrescante, ligera, electrizante. Empecé a hundirme. Extraño es, no solo parecía sumergirme y perderme en el mar, sino que esa misma fuerza derribaba los muros de mi corazón. Espera: hay paz. Al contrario de lo que había sentido hasta ese momento, la quietud era dulce, era arrulladora. Lo único que rondaba en mi mente era: «no importa...». Había perdido toda conexión con los sentidos al exterior.

Sentía tu mirada. Esa mirada determinada y audaz, ese brillo latente y hermoso, tu varonil dulzura en el iris. Pero yo no podía levantar la mía. Mi única respuesta fueron ríos en mis ojos. ¿Era posible? ¿Yo? ¿Amada? Tenía que ser la más cruel de las bromas, o la verdad más brillante. Pero, ¿por qué? «Oh, no importa... ¡No importa! ¡No importa!». Te aproximaste, sin temor a mi bajeza, a mi repugnante aspecto. Me cargaste en tus brazos, me acercaste a tu pecho para oír tu corazón y besaste mi frente. Me sentí segura. Esto tenía que ser la felicidad. Me di cuenta de que tu amor no se restringiría nunca a mis debilidades, a mis fallas, a mis altibajos emocionales, a mi voluntad o falta de ella, a mi aparente fortaleza, a mi insondable razón, a mi bajo entendimiento, a mis inhibidos temores, a las aflicciones de mi espíritu... Nada en la creación me separará de ti, ni siquiera mi auto destructividad.

Probablemente sí, me rendí a ti, en un momento de extrema emotividad. Lo pensé, pero lo dije con

palabras, con acciones prestadas. Sí, pienso que será lo único acertado que he dicho, y aún diré, en esta vida. No sé cómo describir tu amor. No sé por dónde empezar. Eres el superlativo de todo adjetivo positivo. Mis palabras humanas no alcanzan siquiera la superficie de lo que tú representas. Mis imágenes, mis argumentos, mi retórica no es suficiente. Me siento tan atada por mi propio ser: asombrada por tu increíble e inimaginable amor. Sin embargo, continuo intentando. He empezado este viaje, descubro mis propias palabras, mis propias expresiones. Me has impulsado a hablar el lenguaje del amor. ¿Hablar? Ni siquiera sé si transmite la acción correcta.

Todo mi ser es impelido a manifestar cuánto te amo, a encontrar una manera de responder a ese amor, ese amor caótico. Mi anhelo: provocar tu sonrisa. Tu amor me ha purificado, me ha liberado... Mis pies, mis manos, mi ser entero. Me muevo con libertad, transmito el poderoso amor que ahora habita en mi corazón. A ese amor que va en contra de toda lógica, de toda previsión, de toda circunstancia. No importa cuán caótica sea tu existencia, no hay nada más caótico que ese amor que te rescata, te transforma. Ese amor que te conoce intrínsecamente y, aun así, toma la firme decisión de no abandonarte, de no suplantarte, de no imponerse y de no criticarte por tu fallida y débil complejión humana. Un amor imparabile, para quien no existen barreras suficientes. Un amor excelso. Un amor majestuoso. El amor. El original. El que fue desde el principio y existirá por siempre. Ya no siento culpa. Sé que si tropiezo, me amas. Sé que si soy fiel, me amas. Sé que si fallo, me amas. Ya no importa. ¿Lo hice? Sí. No. ¿Lo debía hacer? Sí. No. Es por igual, no me impones condiciones.

Yo y mi naturaleza humana no determinan tu amor. Eres increíble. Nadie necesita recordarme que te necesito. Nadie, ni mi deber moral, me obligan a buscarte. Todo lo que soy está totalmente perdido en ti. Tu amor demanda mi ser completo. A pesar que es la única manera en la que sé responder, no podría ser suficiente. Mi único deseo es estar contigo. No le devolviste el brillo a mi vida. No podías hacerlo: porque nunca lo tuvo. Le diste impulso, le diste energía, le diste propósito. Le diste un qué y un porqué a mi existencia entera. Me diste la razón para latir, eres mi eje principal. Eres todo: sin ti, ¿quién soy? Me importa poco si soy recordada en los anales de la raza humana.

Mi meta: conocerte. Mi propósito: sumergirme más en tu amor. Constantemente, quebrantas mis fórmulas, deshaces mis paradigmas. Cuando creía conocerte, te muestras una vez más y mi mente se hace añicos. ¿Será posible que alguna vez alcance a ver los límites de tu amor por mí? Finalmente, lo que empezó con una letra dislocada, es solo el principio de una inmensa aventura: una maravillosa experiencia con el caótico amor inacabable. Ah, ¡amor inexplicable! Ganaste mi corazón, auténtico caballero en armadura brillante. Me derrotaste en mi rebelión, y me conquistaste en mi pecado: y no pude más que rendirte mi voluntad entera. ¿Qué viste en mí? ¿Qué te atrajo? Lo único que sé es que viste mi debilidad, mi transgresión, mi puñado de piedrecillas sin valor y me has dado, a cambio, un millar de joyas preciosas. ¡Imposible! ¡Fantasía! No, eres más real que el aire que respiro. Te amo. Sin temor a gritarlo, a escribirlo, a vivirlo de una manera radical. Eres todo lo que tengo y todo lo que soy. Celebraré tu amor eterno, con cada aliento que tenga.

Narrativa

El gato de la princesa

[Elipsis transparente]

CÉSAR YUMÁN

—
Dicen que a esa edad solo se recuerda

E.S.
—

Elipsis ácida, encrucijada de miradas transparentes. Nadie más que yo pudo ver la cinematografía líquida de su intranquilidad o su confusión (¿o es solo una exageración?) que emergía de la nebulosa de sus adormilados ojos y, entonces, tras escanear simultáneamente nuestros «yo», descubrí lo perverso del asunto.

Una boca consumía a otra, luego la boca sin rostro jugando a ser otro tipo de boca principiaba su interpretación en un escenario, levemente iluminado. No soporté más, di un grito y dejé la invisible butaca de ese teatro homicida. El actor trató de esconder su pánico de lisiado mientras la actriz, con la boca llena de proliferación, desapareció tras un telón de tabaco. Corrí por el pasillo, el pasillo más violento que he atravesado. Antes de llegar a las gradas el actor me tomó del brazo. Me liberé sin defenderme y la puerta de la cuarta pared se abrió. Entré en ese apartamento tibio

y sereno y no dejé de llorar y gemir y maldecir hasta que alguien salió y le pidió, al actor que golpeaba la puerta, que se marchara. Mi maquillaje estaba completamente corrido. Instintivamente me puse alerta, pero no fue necesario. Era una chica gorda y morena quien lo alejó y me llevó a una silla esquelética. Sus gestos eran muy amables y estaba muy bien arreglada, tanto que parecía una princesa abandonada en su castillo. Una princesa cuyo príncipe murió en la batalla contra un dragón de tinta, jamás llegando a ella. Habló hasta que mi falsa serenidad le dijo que podía hacerlo. Conversé, sin ánimo, con ella. Luego, silenciosamente apareció la figura felina.

Aquella noche me marché perturbada por el plan suicida. Pero regresé. Era demasiado intrigante para mí un plan así. Era necesario saber la razón que lo sostenía. La noche que estuve allí solo me dijeron que la figura felina intentaba vivir lo suficiente, para llegar (o volver) a su pasado. Imaginé que él esperaba que tarde o temprano inventaran una máquina del tiempo real, sin embargo, todo resultó ser mucho más crudo.

Durante dos semanas estuve pensando en los sueños y en la muerte y en cómo se recuerdan los sueños. De eso hablamos aquella noche: su plan era dormir hasta la vejez avanzada, pasar años y décadas dormido y esperar el momento de poder recordar en automático, bajo una hipnosis blindada. La princesa estaba en contra de ello. Desde el primer momento en que él entró sin ronronear me di cuenta de que se hallaba enamorada, todo me parecía un puñado de vísceras besadas por un bisturí. La figura felina obtuvo la idea de una novela extrañísima (al menos en su tiempo) de un argentino. En la novela una chica o un anciano dice que cuando ya se es muy viejo, solo

se recuerda (pero, tras decir esto, me doy cuenta de que fue la chica), que no existe nada más que los recuerdos, por lo que la figura felina conjeturó que a esa edad la realidad (o el presente) no existe y que se habita en el pasado volviendo a vivir lo que uno más recuerda, así que si dormía y dormía no recordaría, no viviría nuevos recuerdos y esa edad llegaría más rápido... sería como hacer un paréntesis hasta volver a lo que amaba. Estaba jugando al científico loco, o eso me pareció, poniendo a prueba una teoría rarísima y desesperada. Estaba intentando crear (y probar) una curva, un círculo o simplemente una desviación de la realidad hacia un punto ya muerto y perdido en los circuitos fundidos del tiempo y del espacio. Lógicamente, la figura felina y la princesa no creían en la vida después de la muerte, para ellos la inmortalidad del alma era una broma.

Esa segunda vez, solo estuve con la figura felina, no hablamos, dormía. La princesa estaba por salir. Pero al ver mi llegada algo la detuvo, su tardanza en la puerta fue sobrenatural. Estoy segura que no quería dejarme sola con él, sin embargo, lo hizo. «Cuida que solo tome el medicamento rojo, me dijo, el azul no». «Claro», le dije, pero luego me percaté de que en la habitación había una infinidad de medicamentos. Por un instante me aturdí y me pregunté qué putas estaba haciendo en realidad allí. Pero creo que ya lo sabía. Sus párpados se abrieron y me hallaron de espaldas. Sentí sus ojos deslizándose por mi cabello, mi espalda, mis caderas y giré. Nuestras miradas se cruzaron y comprendí su dolor, él también entendió el mío. «Muriel», me dijo y sonrió, algo que no había hecho antes. Sus bigotes felinos se sacudieron. No recordé (ni recuerdo) haberle dicho mi nombre, en realidad cuando la princesa me lo preguntó solo

respondí: «Me dicen Zombie». Cerró de nuevo sus párpados, ni siquiera miró el medicamento.

«¿Para qué son los medicamentos?», pregunté a la siguiente visita. «Son para dormir» dijo ella, yo lo suponía ya. Durante esa visita no vi a la figura felina, dormía y a mí solo me apetecía imaginar su sueño, pero de pronto la princesa agregó: «También son para no soñar». «¿Qué?». «Para no soñar», repitió. Una vida sin sueños me pareció ser un televisor sin señal al apagarse. Pensé en el papel del alma, sin sueños, ¿en dónde estaba?

Hablamos de cómo me sentía después de la escena del teatro, pero intenté desviar la conversación y traté de evitar cualquier contacto visual innecesario. Sentía que sus ojos me desnudaban y me hacían suya. Inesperadamente (aunque quizás lo presentía), se puso a llorar, maldije mi suerte, no quería ver más llanto, pensé en asesinarla. En medio de su alud me contó una historia que ya sabía. La leí en los ojos de la figura felina aquel instante en que despertó. La princesa me dijo que hacía algunos años que él solo comía y dormía, heredó mucho dinero al morir su hermano, su novia también murió, los asesinaron en su casa (donde vivía la figura felina con su novia). Todo parecía que su hermano y la novia tenían un amorío (vaya palabra, pensé).

Después del crimen y a pesar de las investigaciones él jamás lo creyó. «Ella era mi hermana, se desangró en la cama junto al hermano de él», dijo. Cuatro balazos en total, dos balazos en el pecho a cada uno, muchos sospechosos, ningún culpable. Sí, la figura felina deseaba recuperarlos. Lo que no sabía la princesa obesa era que la figura felina rompió con su novia antes de que la asesinaran y que lo que más le dolía no era ella, sino la ausencia de su hermano en su vida. Pero ella estaba con-

vencida de que era su hermana la estrella distante de esta historia. «Yo lo amo, dijo, siempre lo he adorado, por eso cada vez que despierta trato de convencerlo de que la olvide y de que abra bien los ojos».

El resto del tiempo transcurrió lánguido. Volví a casa tras una o dos horas, volví aterrorizada. Decirle lo que yo sabía era absurdo, no me hubiese creído, ni yo hubiese creído lo que seguía.

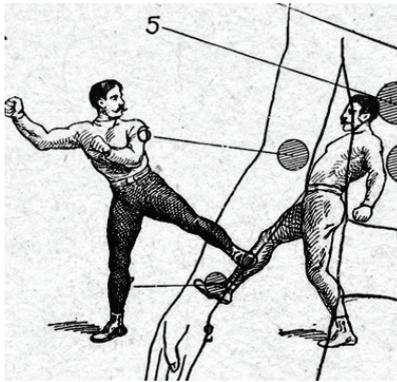
La mañana del día que elegí para visitarlos de nuevo, me desperté pensando en la escena de las bocas que desmembraron mi corazón. Sentí mil náuseas recorriendo mi garganta y mi paladar sin cesar. Eran las diez o las nueve o tal vez las once. Ya en la cocina, encontré el periódico. La figura felina era carmín entre sus sábanas. La princesa estaba esposada. Según el diario ella gritaba: «No podía dejarlos reencontrarse, tardé catorce años, pero finalmente no pude dejarla quitármelo de nuevo». «Vaya», insinué con los labios. La figura felina, en la fotografía final, lucía dos tiros en el pecho.

E

t

X

r



a

t

c

O

Narrativa

El tiempo

MARCELA LÓPEZ

Siempre llego tarde. Es mi carta de presentación. Desde que tengo memoria llego tarde a todas partes. Recuerdo que en la escuela de preprimaria las clases empezaban a las 8:30. Yo llegaba a las 9:00. O tal vez un poco más tarde porque, ahora que lo pienso, no tenía que esperar mucho para el recreo. No era nada malo. Yo era solo un chico. El único inconveniente era la vergüenza de entrar. Me costaba mucho estar parado en la puerta delante de todos hasta que a la maestra le daba la gana dejarme pasar. Y claro, ver a todos riendo esperando a que yo pasara frente a ellos para poder sentarme en mi lugar era parte de la dinámica. Luego, en la primaria, fue lo mismo. Pero me acostumbré. Así que, después de veinte años de mi vida, me doy cuenta de que estos han pasado en línea recta, al menos en ese aspecto.

A veces tuve problemas con eso del «tiempo», pero la gente se acostumbra y, si uno aprende a bromear con las demoras, ellos también disfrutaban las llegadas tarde. Así que no hay que ser egoísta y gozársela uno solo. Por ejemplo, cuando uno se queda media hora más en la cama, en lugar de los cinco minutos reglamentarios, y llega a la cita tarde, hay que bromear y hacer reír al que esperó por uno. Ese es el truco. Después de todo, se lo merece por haber llegado primero.

Una cosa si tengo que aclarar, no hay que mentir por llegar tarde, ¡eso sí sería el colmo! Yo por eso exagero la broma para que todos estén contentos y no haya disgustos. La gente puede pensar que uno les está viendo la cara por llegar tarde una y otra vez.

Uno de los inconvenientes es crecer y trabajar, porque para trabajar hay que ser cumplido y llegar a la hora. De lo contrario los jefecitos le acumulan a uno los minutos que ha llegado tarde durante el mes, y los descuentan. ¡Como si fuera gracia que a uno le descuenten de su sueldo! Igual y uno se tiene que aguantar porque uno es solo un trabajador.

A veces me despierto temprano y ¡cómo abunda el día! Es una lástima que uno nunca tenga tiempo para hacer todo lo que tiene que hacer. Yo por eso vivo corriendo siempre. Hago por aquí, hago por allá, y corro, corro para terminar lo que no puedo posponer, porque ya no tengo tiempo para hacer todo lo que se suponía que haría desde temprano (claro, porque no me levanto temprano). Y no es que no quiera. Uno siempre tiene atrasos. A veces la alarma se queda sin baterías y uno se levanta tarde. Imagínese usted que un día por salir corriendo del baño me resbalé y ¡metí la mano en el inodoro! Menos mal que mi jefe también se río de lo que me pasó y me dijo: «Bueno pues, después de su corto saludo, pase a trabajar». Y así sucesivamente fui perdiendo mis empleos.

Lo bueno es que soy joven. Las mujeres se enojan y lo llaman a uno al celular para insultarlo, porque uno dijo a una hora y llega a otra, pero en cuanto lo miran a uno con unas flores en la mano se vuelven loquitas y se les olvida todo. A ellas no hay que inventarles, digo, no hay que hacerles bromas de por qué uno está llegando tarde, porque ellas sí que lo saben todo. Así que

lo mejor es hacer que se les olvide con una entrada triunfal. Por lo demás, todo está controlado.

Tuve una novia, mi novia «de toda la vida», dice mi mamá. Muy guapa. Cuando la conocí me enamoré profundamente de ella, sobre todo de esa sonrisita que dibujaba su rostro cuando me veía fijamente con sus grandes ojos redondos. Fue el amor de mi vida. Tenía muchas cosas buenas, y otras no tanto, pero igual decidí aceptarlas porque uno no gana con cien, uno gana con sesenta. A ella yo le daba ochenta y, con esa puntuación, uno supone que lleva las de ganar.

Pero como no todo es perfecto, ella se la pasaba llorando todo el tiempo. Me decía que yo era un desconsiderado, que se perdía de lo mejor de las fiestas y de las reuniones porque siempre la llegaba a recoger tarde. Pero ¡qué mujer! ¿Acaso no se le pudo ocurrir que llegué cansado de trabajar y dormí una siestecilla y que el reloj se quedó sin baterías y que desperté a las nueve de la noche asustadísimo, porque la reunión ¿era a las siete? ¿Qué, no piensa en mí?

Y así, el tiempo pasó y pensé que ella se había acostumbrado, pero no fue así. Yo sí me acostumbré a ella. No podía hacer nada sin su presencia... estaba enamorado. Pero dejé de impactarla. Las flores de la entrada triunfal se habían convertido en las flores para un entierro. Y lo peor de un entierro es que nadie lllore.

Cinco años. Cinco años de quererla y hacerla feliz con bromas y flores, pero nada le importó. Me dejó. No la odio, pero me hace reflexionar sobre lo desconsideradas que pueden ser algunas personas como ella. Mire, usted, hacerme perder tiempo por cinco años de mi vida, ¿y no casarse conmigo? Hay que ver que hay gente que no tiene respeto ni consideración con el tiempo de los demás.

O

t

c

E

a



X

r

t

Narrativa

En una burbuja

PAULINA LÓPEZ

Estoy en una burbuja, hecha de algún material irrompible, y no puedo salir. Nadie me mira. Nadie me nota. Cuando caminan, me rodean. Ni siquiera me voltean a ver. Ocasionalmente, alguien se choca conmigo, pero solo se detiene por un momento para recuperar su balance y luego sigue su camino. Al menos sé que soy sólida. No soy un fantasma flotando sin sentido por todo el lugar sin propósito alguno. No puedo salir. No sé cómo. Trato de comunicarme con las personas, pero nadie me escucha. Nadie me mira. Trato de pegarle al vidrio, porque eso creo que es, en aras de romperlo, pero es tan grueso que es como pegarle a una pared de cemento y esperar romperla con un simple puño. Trato de gritar, pero todo es en vano. Nadie se da cuenta, entonces me rindo.

A veces, un grupo de personas me nota. Me miran con curiosidad, entonces aprovecho la oportunidad. Les cuento sobre mi situación, golpeo el vidrio y señalo a él, pero no lo entienden. Solo se ríen. Aparentemente soy graciosa. Así que me rindo de nuevo y sigo entreteniéndolos. Después de un rato se aburren y siguen su camino. Esto sigue ocurriendo. Nuevo grupo de personas, más entretenimiento que hacer. Incluso veo que algunos de ellos me señalan y le cuentan a otras personas de

mí. Puedo imaginármelos diciendo: «¡Vayan a ver a la chica de allá! ¡Es muy divertida!».

Eventualmente, me canso de esto, entonces me siento en mi burbuja y empiezo a llorar. La gente comienza a fruncir el ceño y a agitar la cabeza de lado a lado. «Esto es inaceptable, leo en sus ojos, no apto para la sociedad». No debes de mostrar debilidad, ser vulnerable. Algunas personas se empiezan a ir y dentro de la miseria en que me encuentro, un miedo helado se apodera de mi corazón y surge el pánico. Me pongo de pie inmediatamente, me limpio las lágrimas y sigo entreteniéndolos. Aunque no encaje con esas personas, no quiero estar sola. Al instante, sus ceños fruncidos son remplazados con sonrisas y todo sigue como antes. Así que es solo durante la noche que puedo quitarme la máscara, mis mejillas tiasas de tanto sonreír. Sola, únicamente con mis miedos de compañía, puedo quitarme el disfraz, pero durante el día me lo tengo que poner para cubrir mis inseguridades y faltas. Tengo que entretener a las personas.

Es agotador y se siente como un vaso de agua que se llena lentamente, pero el agua nunca para. Eventualmente el vaso se llena completamente y el agua se empieza a caer. Trato de evitar llegar a ese punto en público, pero a veces lo hago y cuando eso ocurre tengo que esforzarme el doble para entretenerlos, esperando que lo olviden, esperando que no se vayan. Es durante uno de estos episodios que ya no puedo más. Es mucho. La desolación me consume y caigo de rodillas al suelo. Cojo mi pelo entre mis manos y sollozos desgarradores sacuden mi cuerpo. ¿Saldré alguna vez de aquí? ¿Me notará alguien algún día? Y allí es cuando tú lo haces. Al principio no te veo. Estoy profundamente ahogada en mi dolor que no presto

atención al mundo que me rodea. Pero después de un rato veo que los pies que había notado por el rabillo del ojo no se han ido. Apenas te volteo a ver una vez, pero lo tengo que hacer de nuevo cuando noto que estás tocando el vidrio.

Como el material es grueso, no te había escuchado, pero parece que llevas un buen rato tocando el vidrio. Limpio mis mejillas y me pongo de pie lentamente. Estoy a la defensiva. Y tengo razones suficientes de estarlo. Veo que me hablas pero no te entiendo y asumo que quieres que te entretenga. No estoy de humor para eso. Te lanzo una mirada fulminante y te doy la espalda, cruzándome de brazos. Caminas alrededor hasta estar nuevamente en frente mío. Tu mirada es comprensiva y no puedo evitar fruncir el ceño confundida. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes y por qué estás aquí? Me vuelves a decir algo pero no te puedo oír. Meneo mi cabeza y me encojo de hombros, sin esperanza. Veo que te muerdes el labio y estudias la burbuja concentradamente. La vuelves a tocar y luego le pegas con más fuerza.

Nada pasa.

Me empiezo a desesperar y estoy a punto de voltearme cuando tú subes tu mano; el gesto dice claramente: «Espera», me detengo y te observo en silencio. Frunces el ceño en señal de confusión y empiezas a remangarte la camisa, saltando ligeramente de lado a lado mientras agitas tus manos; es claro que estás calentando para algún ejercicio de fuerza mayor. Mi expresión fría desaparece y mi mirada se suaviza cuando una sonrisa aparece en la esquina de mis labios. Es un poco enternecedor el verte tratar, a pesar de que pienso que es inútil ya que de aquí no hay salida. Además, ni siquiera te conozco. Realmente no tienes que hacer esto. Entonces, ¿por qué lo haces?

Empiezas a golpear el vidrio con mucha energía pero no ocurre ningún cambio. Luego de un par de segundos vuelves a parar y te limpias la frente dramáticamente. Estoy apretando mis labios para no sonreír.

Eres muy gracioso. Le lanzas una mirada asesina a la burbuja y la pateas con todas tus fuerzas. ¡Uy! Eso debió doler. Veo que, en efecto, te lastima cuando empiezas a saltar en un pie mientras coges el otro con ambas manos. Esta vez no lo puedo evitar y empiezo a reírme. Subes la mirada de casualidad y ves que me río de ti. Paras de saltar y me sonríes, pero tú tampoco lo puedes evitar y empiezas a reír conmigo. Tomas un descanso y simplemente me miras. Sonríes tristemente y colocas tu mano en el vidrio. Imito tu gesto y pongo mi mano justo encima de la tuya. Si el vidrio no estuviera en medio, estaría tocando tu mano. Pero no puedo y no creo que lo pueda hacer nunca. Nos quedamos así por un tiempo, viéndonos fijamente, tratando de leer con nuestros ojos todo lo que no podemos oír.

De repente, una enorme sonrisa se apodera de tu cara. Empiezas a hablar animadamente, señalando con tus manos y caminando excitadamente de un lado a otro. Frunzo el ceño y simplemente te miro, sin tener idea de lo que estás diciendo. Dices algo más y das la vuelta y empiezas a correr. No puedo hacer nada más que ver y parpadear como estúpida mientras te alejas y desapareces. Las lágrimas empiezan a caer de mi cara y no las limpio. Que sean un recordatorio de lo que pudo haber sido. Sabía que esto iba a pasar. Todos siempre se van al final. Nadie se queda lo suficiente como para formar un lazo, aunque sea solo un lazo de amistad. Pero no puedo evitar estar decepcionada. Realmente quería que fuera diferente esta vez.

Apoyo mi frente en el vidrio y veo al piso con desánimo. Estoy cansada. Luego de unos minutos, un par de zapatos aparecen en mi campo visual, justo en frente mío. Subo la mirada y te veo parado enfrente de mí con ambas manos detrás de tu espalda y una sonrisa pícaro en tu cara. Me enseñas lo que tienes en las manos y mis ojos se abren de sorpresa cuando veo que es un hacha. Cómo conseguiste una es un misterio para mí, pero no quiero saberlo. Empiezo a negar con la cabeza y a caminar de espaldas hasta que siento el vidrio detrás de mí. ¡Podrías matarme con esa cosa! ¡Podrías salir lastimado! ¡No sabes lo que estás haciendo! Haces ademán de que me calme y veo que tratas de explicarme pero vuelvo a menear mi cabeza. No. Es muy peligroso. Señalo el vidrio y luego a todo mi entorno. Trato de explicarte que podría salir lastimada, pero empiezas a hablar y te puedo imaginar tratando de convencerme de que es una buena idea. Pones tu mano en el vidrio y veo la pregunta en tus ojos.

—¿Confías en mí?

Me muerdo el labio. ¿Qué es lo peor que podría pasar? ¿Que no rompas el vidrio? ¿Que te rindas al no poder y me dejes? ¿Pero qué pasa si lo logras? ¿Qué pasará después de que rompas el vidrio? Todo lo que conozco es esta burbuja de vidrio. No sé qué hay allá afuera. Quiero tanto estar afuera, quiero pertenecer. Pero al mismo tiempo tengo miedo. Cierro los ojos y respiro profundamente. Pongo mi mano lentamente encima de la tuya.

—Sí, confío en ti.

Me indicas que me aleje del vidrio y lo hago. Veo que levantas el hacha y a penas le pegas al vidrio, este se raja. Mi corazón empieza a palpar rápidamente y un sudor frío moja las palmas de

mis manos. Este podría ser el momento. La segunda vez que le pegas al vidrio, la rajadura se abre más. La tercera vez, el vidrio estalla y la fuerza me lanza en el aire, junto con un millón de pequeños pedazos de vidrio. Instintivamente, en vez de cubrir mi cara, cubro mi corazón. No quiero que se rompa. Suficiente de mí ya se siente roto como para que agregue mi corazón a la lista. Cierro mis ojos y me estremezco ligeramente cuando caigo al suelo.

Me quedo tirada. Mi respiración es un poco forzada mientras evalúo el daño a mi cuerpo. Abro mis ojos lentamente y levanto mis brazos para observarlos. Están cubiertos de muchas cortadas, causadas por el vidrio que estalló, y la mayoría de ellas están sangrando. Toco mi cara suavemente y puedo sentir que tengo cortadas allí también. No las puedo ver pero sé que están sangrando al igual que las otras. Tendré estas cicatrices por el resto de mi vida y serán un recordatorio constante de donde estuve alguna vez. Pero es un precio pequeño a pagar por mi libertad. Veo que tiras el hacha lejos y te sacudes la ropa antes de empezar a caminar hacia mí. Respiro tranquilamente cuando veo que estás ileso. Me hubiera sentido culpable si hubieras salido herido. Cuando llegas conmigo, me ves detenidamente antes de sonreír. Extiendes tu mano para ayudarme y dudo un poco antes de aceptarla.

—Hola.

Te puedo oír.

Narrativa

Hombrecillo

FERNANDA DÁVILA

Diario*

Provenza. Junio, 1524

Habrá retornado a Castilla ese tal César, el César Carlos, porque escuché en la ciudad que, al llegar a Provenza, el rey Francisco lo expulsó de inmediato. A diferencia de Castilla, aquí hay un sol exquisito. El verano ya se siente en esta costa de Francia. Con el tiempo tan afable que hace aquí no culpo al César Carlos por la arrogante visita. Creo que a mi hermano también le gusta el sol de Provenza, este sol que nunca vimos en Inglaterra, porque poco he visto a Roger dentro de la casa. Cuando emprende sus paseos, he observado a Roger llevar consigo varias herramientas inútiles para la recolección, lo cual me parece peculiar.

Provenza. Septiembre, 1524

Es casi mágico cómo, aquí en Provenza, hasta en estos meses tan marrones, es fácil conseguir plantas aptas para la preparación del más delicioso aguardiente. Aunque originalmente fue la espagiria la que, hace pocos años, trajo mi hermano a Provenza y a mí con él. Desde que tomó este nuevo camino en su pesquisa se le ve muy jubiloso. No hay

noche que no mencione su tarea. Ayer me habló por horas de su cultivo de mandrágoras y sobre cómo pueden crecer bajo una oscura plataforma de viejos maderos a un par de kilómetros de aquí.

—

Provenza. Octubre, 1524

Hace un par de días fui al lavadero de la ciudad y las muchachas comentaban los sucesos de los últimos días. Escuché que el rey Francisco ha recuperado Milán y ahora se dirige a Nápoles. Luego hablaron del alza en el precio de las indulgencias que obligó a sus familias a reducir sus raciones; pero hubo un comentario que me interesó sobremanera y al cual presté especial atención. Dijeron que se había capturado a una cuadrilla de bandoleros y que pronto se les ajusticiaría en la horca de Provenza. Por la noche le conté a mi hermano aquella nueva noticia y este no cabía en sí de la emoción.

—

Provenza. Octubre, 1524

Esta vez acompañé a mi hermano al lugar que ha sido su guarida durante estos últimos meses. Cuando el verdugo haló la palanca se abrieron los huecos en el suelo de la plataforma y vimos a los delincuentes caer súbitamente por su propio peso y permanecer suspendidos por una soga al cuello. Los condenados pendían de un lado al otro. Sus rostros se tornaban morados y, al poco tiempo, empezaron las convulsiones. Esperamos un par de horas. Aquel mar de entrometidos y curiosos regresó a sus labores cotidianas y el ajusticiador no volvería por los cadáveres sino hasta el día siguiente. En el sitio solo quedó el silencio de la muerte. Mi hermano se acercó a la plataforma y

levantó un madero que nos dejó entrar. Esquivando las piernas colgantes de los malhechores, me mostró las mandrágoras. Me explicó que si cayese sobre una de estas plantas siquiera una gota del esperma que eyaculan los ahorcados durante las convulsiones, la raíz de la mandrágora pronto des-pertaría y comenzaría a llorar.

Provenza. Marzo, 1529

No hay mejor aguardiente que el hecho en Provenza, y no hay mejor aguardiente hecho en Provenza que el del mes de marzo. No solo mi aguardiente es mejor cada día, sino que además he perfeccionado todas mis recetas espagíricas. A Roger lo aquejaba ayer, otra vez, un agudo dolor lumbar y dijo que lo alivió como nunca el remedio que le preparé. Lleva un año enferma la criatura y esto también ha enfermado a mi hermano. Me preocupa la salud de Roger. No duerme. Come poco. Y, desde que me encargué de la recolección de ingredientes, no ha salido una sola vez. En la casa no se puede ni caminar. Hay montañas de libros por doquier, porque se la pasa leyendo todo el día en busca de respuestas a la situación de la criatura. Insiste en que nos mudemos de inmediato a Alemania. Dice que allí podrá encontrar más libros y conocer alquimistas más sabios.

Constanza. Noviembre, 1532

Se apaga la luz de la criatura. Ya no habla ni camina. Hace dos días cayó en fiebre. Hace más de un año comencé a notar una serie de cambios en Roger. Estaba regresando a ser el de siempre. Supongo que se dio por vencido y decidió disfrutar

los últimos soplos de vida de su creación. Mi hermano se encariño enormemente con su pequeño homúnculo. Lo llevaba siempre en el hombro y desde que enfermó, lo lleva en el bolsillo. Tiene la criatura un extraordinario sentimiento de lealtad hacia mi hermano. Nunca antes vi algo parecido. Quizá sea esta la última noche del diminuto individuo, pero dormiré consciente de que mi hermano, Roger Bacon, ha sido el único alquimista que ha conseguido crear un homúnculo perfecto y

*Mi labor en Constanza ha concluido y he vuelto a Provenza. A mi criatura le fascinan las semillas de lavanda crecidas aquí. Empacando mis cosas encontré este diario de mi hermana y me ha hecho palidecer. Mi criatura me preparó un remedio para recuperarme. Es asombroso. Desde que le di a mi criatura la piedra, ha desarrollado habilidades que pocos humanos tienen o tardan vidas en adquirir. También ha aumentado drásticamente de tamaño y parece un niño humano. Cuando mi investigación me hizo entender que la única manera de llegar a la piedra filosofal era añadiéndole vida humana a la mezcla fue enorme mi amargura. Caí en desconsuelo por varios meses. No sería capaz de cometer dicha atrocidad. Pensé que moriría la obra de mi vida, mi homúnculo. Vi sus ojos a punto de obturarse y su vida al borde de abandonar su cuerpecillo. No pude conmigo mismo y fue la elaboración de la piedra tanto su salvación como la mía. Cada gota de sangre que humedeció las venas de mi hermana persiste hoy en mi criatura. Da vida a este humano artificial. No creé vida ni la destruí tampoco, solo la transformé, tal y como hace Dios.

Narrativa

Ese día que tampoco es hoy

A. THOMAE

Espero la liberación de estas cadenas. Espero ese día, ese día que tampoco es hoy. Yo y la cadena que me amarra a este lugar, a este piso, a estas paredes, a estos muros. La cadena y yo. Ese frío hierro que sujeta mis manos, las aprieta, las contrae en una contorsión incómoda, a estas paredes enmohecidas, enmohecidas por tanta humedad y por mi aliento.

Mi respiración es fuerte, lo ha sido ya durante largo tiempo, fuerte y áspera, tan áspera que la garganta se resiente, me duele, me lastima. La respiración que desgarrar mi garganta, como lija que no pierde su fibra, que con nerviosa ansiedad va agrietando la faringe, el paladar, los labios, las fosas nasales. El cuerpo se consume, pero la voluntad es obstinada. Mi respiración es fuerte, pero la espera lo es más.

Determinación, eso es, aunque algunos lo llamarían terquedad. Determinación de esperar ese día, ese día que tampoco es hoy. Me dijeron que vendría, que vendrá, que sea paciente, que me quede esperando y aquí estoy, sentada, esperando mientras el frío hierro de estas cadenas me hiela la sangre. Mis ojos están cansados de ver la misma luz, la misma oscuridad, en el mismo lugar. Pero, más lo están mis manos de estar sujetadas

al mismo hierro, ese hierro sin misericordia, ese hierro terco que no da tregua, que no me suelta.

Sé que no fui la primera aquí. Me lo dijeron. Pero no hubiera hecho falta que me lo dijeran. Más bien, me lo confirmaron. Vi un nombre escrito en la pared. Escrito con uña y sangre. Escrito con mugre y sudor. «Estela», decía. Me pareció fascinante. Alguien estuvo en mi lugar, ya presentía que esta celda había albergado a otra persona, no podía ser la única. Ella estuvo antes que yo, postrada en el mismo suelo, amarrada a la misma pared, con las mismas cadenas. Estas duras y agrias cadenas.

No recuerdo cómo llegué aquí, ni lo que hubo antes de esto. No lo recuerdo. Quizás, toda mi vida estuve distraída y no lo recuerdo. Sí sé que he estado aquí durante ya mucho tiempo, esperando. Pero no pudo haber sido así siempre. Quizás antes estaba despistada y no lo recuerdo. A veces cambio de posición y dejo atrás la pared que me sujeta a estas cadenas y veo frente a mí la pared que antes estaba detrás. No hay diferencia. Son las mismas paredes enmohecidas, por la humedad y por mi aliento. Y, es también la misma espera. La espera de ese día, ese día que tampoco es hoy.

«Estela», me dijeron, me respondieron cuando les pregunté quién había estado antes que yo. «Y antes de Estela, estuvo Celeste», continuaron diciéndome. Eso no lo sabía yo, no lo podía saber, no había en toda la habitación restos de que alguna vez había vivido alguna Celeste. Celeste no dejó vestigios de su paso por la celda, Celeste se había ido, había salido y cualquier persona (como yo) que llegara a este lugar nunca sabría de su existencia. A menos que alguien le diga, a menos que alguien la recuerde. ¿Quién estuvo antes que Celeste? No hay rastros, no hay nada que me ayu-

de a averiguarlo. Solo Estela permanecía, ella vivía inmortalizada en un tatuaje, en un grabado en la pared.

Profetizaron que vendría, que llegaría el día, pero la espera no ve final; las esperanzas nunca tienen final, solo nuevas voces que le dan vida. A veces también muevo mis manos, para que no se acalambren, para que no se queden dormidas. Espero ese día, ese día que pueda romper estas cadenas, que pueda salir de esta habitación, que pueda andar sin parar sin sentirme retenida. El día que mi boca pueda correr libre, sin tropezar, sin saltar temerosa palabras que quieren ser pronunciadas, que deben ser dichas. Por eso espero aquí. Espero ese día, ese día que tampoco es hoy.

Grabé mi nombre. «Aurora», puse en la pared debajo de «Estela». Aurora, la perdida, la confundida, la otra que también espera. Encontré un hoyo en la pared, un agujero que nunca había visto porque en la esquina en la que está nunca entra ni sale la luz. Había un rollo de papel que tenía algo escrito. Creo que lo escribió Estela porque estaba firmado con una E al final. No pude entender todo lo que decía pero hablaba de alguien, alguien que la había hecho esperar y pensé: «todas las esperas se parecen, te roban tiempo y vida».

El hoy no es. Todo es pasado o futuro, lo que fue y lo que podrá ser. Y ese día, que tampoco es hoy, no ha sido pero, quizás, sea... ¿cuándo? No fue ayer, podrá ser mañana. Solo queda la espera. Y, total, la espera es lo único que hay entre el principio y el fin, entre el nacimiento y la muerte. Es lo que separa a lo vivo de lo muerto. La espera es por lo que estamos aquí. Ella esperaba a alguien. Yo espero algo, algo que no sé qué es pero algo, algo que rompa estas cadenas. Quizás

ella esperaba a alguien que la hiciera romper sus cadenas. Cómo se parecen las esperas entre sí.

«Yo te esperaba, con mi lonchera llena, bajo los rayos del sol dichoso, insolente, centelleante, que iluminaban la entrada del colegio de la calle Santa Inés. Yo te esperaba, con la sonrisa esbozada, en un café parisino para tomar los dos en una misma taza y compartir ese olor artificialmente endulzado, ese sabor que emana solo del buen café y de los labios que lo comparten. Yo te esperaba, con sed abstemia, en ese bar mezquino para beber juntos ese trago amargo, ese descuido amargo de tomar en dos tarros cuando estamos frente a frente. Yo te esperaba, con la mirada llena de fuego, para dedicarte ese último cigarro de esa desembolsada cajetilla. Yo te esperaba, con los ojos hinchados, a la orilla del mar, en la puerta de la casa, en aquel río de calles, en aquella laberíntica ciudad, en aquella rota ciudad. Yo te esperaba en este juego de calaveras enmascaradas, en la lonchera vacía, en la sonrisa despintada, en la resaca del alba, en la mirada perdida». Escribí, con sangre y mugre, con sudor y uña.

Y pienso: «La madurez, un eufemismo de la resignación, empieza cuando te das cuenta de que aunque arranques lo más valioso para ti, aunque te quites la vida, la vida que es todo lo que tienes, el mundo no va a cambiar. Los problemas de antes seguirán existiendo. El dolor y la miseria aún serán partes de este planeta que gira y gira y seguirá girando sin ti».

«Yo te espero en esta celda estrecha, aferrada a estas cuatro paredes enmohecidas, aprisionada a este duro y áspero suelo que me ha servido como refugio para seguirte esperando. Esperando ese día, ese día que tampoco es hoy». Escribí, con sangre y mugre, con sudor y uña.

Y pienso: «Las sucesiones interminables de días y noches no se acabarán, el cielo seguirá pintándose de azul y las nubes seguirán escoltándolo, las aguas movedizas recorrerán sus caminos removiéndolo los mismos ríos, los mismos lagos, y la tierra, indiferente de que tus pies ya no recorran más sus veredas, seguirá siendo palpable, sólida, estable. Esa tierra, apática, que te vio nacer y te nutrió se convertirá en ese saprófago que absorberá, se apropiará de tu cuerpo hasta convertirlo en polvo, en otra masa que no eres tú, que tu cuerpo será convertido tal vez en capullo o mariposa o en diente de león».

«Yo te esperaré con la frente hundida en ilusiones y esperanzas que seguirán sucediéndose. Yo te esperaré porque no sé qué otra cosa hacer, porque me da miedo correr a tu encuentro y no encontrarte, y no poder rodearte con mis brazos y sujetarte fuerte. Yo te esperaré, porque es lo que se hacer, porque me da miedo romper estas cadenas y salir caminando de esta celda y no encontrarte al final de pasillo. Yo te esperaré porque la esperanza es como los consejos y las enseñanzas, fácil de decir e improbable de hacer. Yo te esperaré, esperaré ese día que tampoco es hoy». Escribí, con sangre y mugre, con sudor y uña.

«La madurez empieza con la resignación de que existir es absurdo y, a los ojos de este mundo indolente, en la vida solo hay un mientras tanto que dura lo que va de la cuna a la tumba. Madurez es aceptar que lo único absurdo es decir que no existe lo absurdo», pienso, sola, encerrada en estas cuatro paredes enmohecidas, por la humedad y por mi aliento y por la respiración espectral de todos los que alguna vez ocuparon, ocupamos, este mismo lugar, encerrados en esta misma celda, atados por las mismas cadenas.

La esperanza es que la espera acabe, la esperanza de la finitud; todo lo que sube baja, todo lo que empieza acaba. Mi esperanza es que la espera no sea perpetua. Estoy cansada, lo acepto, el cuerpo me pesa, los párpados caen abatidos, el corazón salta con paroxismo, el cuerpo se altera en desenfrenado frenesí y estrambóticas convulsiones, la mente da vueltas hiperbólicas bailando en ciego delirio. Es el éxtasis antes de encontrar lo largo tiempo esperado, es la vida que se escapa en un desordenado espectáculo. Tanto te he esperado, muerte, la única cura ante la desilusión. Y escribo, como sentencia final, con mugre y sangre, con sudor y uña, una E. Una E de Estela, Estela, ese pedestal de carne y hueso, que espera pero no es esperada; Estela, esa lápida olvidada, que sigue esperando. Y pienso: «Las cadenas no se van a romper solas».

Narrativa

La tragedia

MARÍA ANDRÉE FIGUEROA

Piatto crecía. Perdía la empatía poco a poco. Su sensibilidad se debilitaba, así como esa voz interna con la que antes podía pasar horas conversando. Su mente se envolvía dentro de la rutina cada vez más y, con el paso de los meses, su mirada era cada vez menos intensa. Esa penetrante tinta que la había caracterizado tanto tiempo iba desvaneciéndose.

Sus pensamientos cambiaron de índole. Se veía atrapado dentro de un laberinto en el que se perdía paso a paso. Su inconsciente pasó a ser un misterio, como en el caso de la mayoría de seres humanos.

No tenía ni el más mínimo deseo de escribir o estudiar. Hacerlo significaba querer seguir viviendo. La comida le causaba náusea, pues tenía hambre de muerte. Ya no soñaba con cambios ni buscaba nuevas ideas. Se alejó tanto del amor que llegó a despreciarlo, a resentirlo, a mal usarlo. Así es como se dio cuenta de lo que le había sucedido. Piatto había sido asesinado. De la forma más silenciosa que existe, la más lamentable: asesinado por la ciudad.

El dolor era tan intenso que él se convirtió en el dolor mismo. Salió a las calles en busca de algún recurso para calmar su intranquilidad, algo así como fuentes para secretar endorfina, y «así» rom-

per temporalmente la capa de hielo que no lo dejaba salir a respirar vida. Y, como un imán, llamaba Piatto a otros seres que se habían perdido a sí mismos. «A veces no hay manera de regresar a ser quien fuiste antes, pues los sucesos vividos han transformado la forma en que analiza tu cerebro. A veces, no hay más solución que la de adaptarse a estar perdidos», pensaba su inconsciente.

Así fue como Piatto conoció a Rafaela. Ella llevaba perdida más tiempo que él. Ya era una experta en el arte de huir y le fue enseñando todo lo que sabía. Piatto aprendía rápido y pronto se volvió tan experto como ella. Así se abrieron portales hacia nuevas realidades. El dolor se calmaba gracias a una breve narcosis que le brindaba las reacciones que daban lugar dentro de su cuerpo. Una breve narcosis contra lo absurdo de su existencia.

Esta le daba una pequeña siesta a la soledad. Pero al terminar la ilusión se hallaba aun más solo. La soledad es sana, claro, siempre y cuando uno se sienta cómodo con ella. Pero este tipo de soledad era venenosa. Ni él mismo se hacía compañía, pues su mente y su cuerpo se habían alejado. Triste e irónico es el hecho de que quienes más buscan huir de la agonía son quienes más la encuentran al final.

—¿Habrá alguna forma de permanecer en la huida? —preguntó Piatto, con ojos cristalizados, a su amiga.

—Hasta el momento yo no la he encontrado —contestó Rafaela con decepción.

Juntos conocieron a otras personas. Eran personas hermosas, pero en la situación y circunstancias adecuadas para el desastre. Historias tan distintas como la metáfora y las matemáticas, pero que al final resultaron en situaciones parecidas.

El interior de estas personas se hallaba tan enredado que no se hallaban dentro de la sociedad. Pero, ¿y si los locos son los otros?

Ciertamente el mundo se hallaba enfermo y el estar sobrio y consciente causaría un tremendo dolor. Quien no lo sintiera era porque había perdido cualidades de humano para convertirse en... bueno, qué sé yo. ¿Acaso no estamos todos compuestos por las mismas cosas? Estas personas se reunían cada mes, cada semana, a veces todos los días en busca de huida. Entonces, en el día de la semana y a la hora más anarquista que pudieron, fueron a uno de tantos antros de la ciudad.

La música retumbaba en los oídos de Piatto y no lo dejaba concentrarse ni escuchar nada más que eso. Era vértigo puro. El vértigo no le permitía observar lo que le desagradaría. Nadie alcanzaba a escuchar su voz, así que no perdería el tiempo expresando lo incómodo que se sentía. Así fue hasta que se habituó a la realidad, pues tenía el secreto para huir de ella. Entonces, entre la gente, logró percibir una espalda ancha y fornida que llamó su atención. Era un hombre con la tinta desvanecida.

—Tenía la misma tinta que la mía. Eso era lo único que nos unía en ese momento —contaba Piatto a Rafaela.

Entonces pasó entre la gente. Pidió algo más de «huida líquida» y se acercó. Levantó la cabeza para buscar sus ojos y las miradas se encontraron por poco más de cuatro segundos. Cuatro segundos suficientes para intercambiar miles de mensajes; mensajes directos, desvergonzados, un poco violentos. Sus miradas se encontraron en su dolor, en el deseo de huir; y en la mirada del otro habían encontrado una fuente para cumplir ese deseo.

El sin nombre quitó la mirada y, sin pronunciar palabra, lo invitó a seguirlo con el cuerpo. A Piatto le sorprendió lo que estaba pasando, sus piernas se tambalearon, pues tenía una mezcla de miedo y excitación. Después de pensarlo durante lo que le parecieron veinte minutos, que en realidad fueron un par de segundos, siguió el camino hacia aquel desconocido.

Perdió de vista al sujeto por un momento, por lo que supuso que había entrado al baño. Pero cuando Piatto buscó allí dentro no lo halló. Estaba a punto de conformarse a no seguir buscando cuando una de las puertas se entreabrió.

—Sentí cosquillas en el estómago. Ansias por salir corriendo y ansias por adelantar el tiempo y saber lo que pasaría después. Rafaela, creo que encontré otro tipo de huida —siguió contando Piatto a su amiga.

Volteó a ver hacia todas direcciones para asegurarse de que nadie lo viera entrar. Sentía correr la adrenalina por las venas de sus muñecas, como cuando solía tener golpes de inspiración (cosa que había dejado de sentir hace ya mucho tiempo). Abrió con cuidado y encontró al hombre de la mirada desvanecida. El hombre dio unos cuantos pasos para atrás, para darle espacio a Piatto, para entrar. Piatto entró, volteó nervioso y cerró la puerta. En silencio se encontraron sus miradas por segunda vez y ambos confirmaron sus deseos.

Piatto tomó un poco de su camisa con el puño y de un empujón lo acercó a él. El vértigo y el deseo lo hicieron perder la vergüenza. Los labios se acercaban con cuidado. Se podía sentir el calor que emitían sus labios incluso antes de tener contacto, y así con «pequeños gestos» fue aumentando el deseo. El corazón palpitaba más deprisa, la respiración era ferviente. Sus labios finalmente se

encontraron y jugaron en armonía. Poco después las lenguas se unieron al juego. Las sensaciones eran indescriptibles. Los mordiscos y los sonidos de placer le agregaban intensidad a la experiencia.

—Te juro que en ese momento se detenía el tiempo, Rafaela. No había dolor ni sufrimiento alguno. Mi mente solo pensaba en el deseo carnal, el hoy y el ahora. Ahora que he descubierto esta forma de huir no habrá vuelta atrás. Mi apetito será insaciable.

r

t

E

X



t

a

O

c

Narrativa

Las niñas de las tinajas

JESSICA MARIE MO VANEGAS

Se acercaba el día de plaza en Santiago Atitlán y los vendedores se ocupaban de arreglar sus puestos y colocar en orden los canastos de la venta. El aroma de la fruta y verdura hacían juego con el aire. En un rincón de la plaza se encontraba doña Tencha, mujer de pocas palabras, de carácter fuerte, conocida porque su familia se dedicaba a cosechar las mejores cebollas de la región. Como sabía que eran muy buenas, siempre que le regateaban no le bajaba ni un solo len al manajo. Con ella estaba su hija Manuela, una adolescente pícara a quien le gustaba quedarse hablando en la esquina con el hijo de don Tomás, el que le hacía la competencia a doña Tencha con sus cebollas.

A doña Tencha no le caía bien ese patojo. Cuando lo observaba de reojo, Elías estaba durmiendo o casaqueándose a alguna de las compradoras. Por esa razón, siempre enviaba a Manuela con su tinaja a la orilla del lago, para lavar algún trapo o simplemente para acarrear agua. Manuela agarraba la tinaja y se la ponía en la cabeza haciendo cierta combinación con su tocoyal (una cinta color rojo, larga, tejida a mano, envuelta uniformemente en su cabeza, prenda que le heredó su abuela, que en paz descanse). Siguiendo con la historia, Manuela

caminó hacia el lago y se encontró con cinco de sus amigas, quienes no paraban de reír y molestar. Llegaron a la orilla del lago; la mañana era reluciente, el cielo estaba despejado observando a las niñas jugar y corretear. El lago reflejaba las siluetas de las niñas mientras corrían con sus tinajas de un lado a otro. A veces se quedaba calmado como si pareciera que la risa de las niñas lo arrullara; otras, les regalaba un poco de brisa y ellas se refrescaban el rostro y suspiraban. En los días nublados, el lago se tornaba violento y enojado tratando de reflejar cierta tristeza y desánimo.

Algunas de las niñas se dispusieron a lavar los trapos. Claro, esto les llevaba mucho tiempo; se distraían con cualquier cosa, hasta con la textura de la piedra en donde colocaban la ropa. Otras, como Manuela, acarreaban agua con la tinaja y silbaban, como el sonido de la chirimía que acompaña a la marimba en las fiestas patronales. Terminaron de lavar, llenaron las tinajas y se dispusieron a regresar.

En el camino las niñas comían jocotes, les gustaba jugar brusco y eso les causaba muchas carcajadas. Empezaron los empujones para medir quién tenía más equilibrio con la tinaja en la cabeza, se lanzaban las pepitas de los jocotes y los tropezones no faltaron. Las tinajas se tambaleaban de un lado a otro salpicando agua, mojándoles el güipil.

Cerquita de la plaza, los vendedores observaban a las niñas de las tinajas venir hacia el lugar. Entre ellos se encontraba Elías observando ese alboroto que las niñas causaban en su regreso con sus risas y juegos. Manuela se percató de la mirada enamoradiza y burlona de Elías. Esa mirada la distrajo de un pepitazo que le cayó cerca del pie. Un empujón inocente le causó desequilibrio, la canilla se le acalambró, se deslizó en la pepita

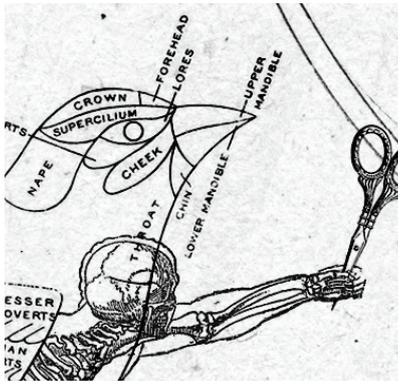
de jocote que le habían lanzado y la tinaja de barro que llevaba en la cabeza salió volando, como colibrí está aprendiendo a usar sus alas. Se cayó y se quebró en mil pedacitos. El cuentazo fue tan duro que se puso a chillar. Aún no sabemos si fue por la vergüenza de la caída y que todos en la plaza la vieran, o por el miedo de la regañada que le daría doña Tencha por quebrar su tinaja favorita.

E

t

X

r



a

t

c

O

Narrativa

Monarca

ANGÉLICA QUIÑÓNEZ

Probablemente fueron las mariposas.

Docenas de monarcas lo rodeaban, volando o tan solo posadas en su pelo y sus hombros. Liano caminaba lentamente, como si evitara asustarlas. Parecía que nunca se percataba de las pequeñas lepidópteras, pero cuando la llovizna lo alcanzaba él les abría la solapa de su chaqueta. Una a una, las mariposas se ocultaban en espera de otro rayo de sol. Liano sonreía suavemente y seguía andando. Siempre pensé que les conversaba.

Lo conocí por accidente en una clase de filosofía dentro de la facultad. Entre el bullicio, el tedio, los formalismos y el desinterés general, Liano observaba apaciblemente la única ventana abierta. Las mariposas volaban en lentos círculos alrededor suyo. Sentada casi al lado, yo no podía dejar de observarlo. Por un segundo, aparté los ojos de Liano y observé la algarabía del cuarto. Contrario a lo que yo esperaba, nadie lo señalaba, ni lo molestaba, ni preguntaba por qué lo seguían las monarcas. Volví a verlo, pero esta vez encontré sus ojos, muy negros, mirando a los míos. Me sonrió. Preguntó mi nombre. Su voz era grave, potente y para mí, inesperada. Respondí. Dos monarcas me rodearon cuando él repitió mi particular adjetivo.

Liano, creo, era mi amigo. O tal vez yo era su amiga. Quiero pensar que es cierto, que las mari-

posas tuvieron una intención extática. No puedo recordarlo teniendo ávidas conversaciones con muchas personas. Muchas conocían a Liano, sí, pero a pesar de mis insistentes inquisiciones, ninguna podía indicarme más que su primer nombre. A veces, cuando no tenía tantos deseos de estudiar, caminaba en las afueras de la facultad buscándolo a él y a sus pequeñas monarcas. Liano casi siempre estaba en el jardín de la biblioteca, absorbo en un libro mientras anotaba breves frases en una libreta negra, su caligrafía ligera y despreocupada como el vuelo de la polilla. Las mariposas, entonces, danzaban a la redonda, y se suspendían en su punto cuando Liano volteaba al escuchar mis pasos.

No sabía muy bien de qué hablarle. Me sentaba al lado suyo y esperaba a que las monarcas me reconocieran. Liano entonces me contaba una historia peculiarmente fantástica. La primera vez pensé que era una parábola, y no podía recordar dónde la había escuchado antes. Otro día me habló del mito de la caverna. Un viernes nublado me habló de un príncipe y su ave de fuego. «Todos, me decía de vez en cuando, ansiamos redimirnos». «De qué», preguntaba yo, pero Liano solo sonreía y le extendía su índice a una monarca. En algunas ocasiones procedía a preguntarle por qué lo seguían, plácidas, confiadas, y contra toda naturaleza, tantas mariposas. Liano reía en voz baja e irónicamente inquiría: «¿Mariposas?». Invariablemente seguía el silencio, quebrantado únicamente por el aleteo de cada insecto.

Eventualmente, decidí contarle una historia. Hablé sobre una princesa escondida en una torre cuya única ventana observaba el universo. «La ventana, le dije, existía porque un guerrero destruyó el muro para rescatarla, pero ella huyó, vo-

lando al infinito con sus alas de mariposa». Liano inesperadamente me tomó el rostro. Cerré los ojos y sentí incontables, efímeros besos en mi frente, mis mejillas y mis labios. Cayó una delicada llovizna, y Liano me abrazó contra su pecho para que me cubriera con su chaqueta. Las mariposas se acogieron bajo la tela; algunas, incluso, se ocultaron en mi pelo. Devolví el abrazo de Liano con más fuerza.

Poco a poco, mis sentidos reconocieron el aire frío, la tierra húmeda y recién nacida. Poco a poco extendí mis manos para tomar las suyas. Cerré los ojos, y tan solo los abrí cuando ya volábamos, los dos, sobre el cielo agosteño.

O

r

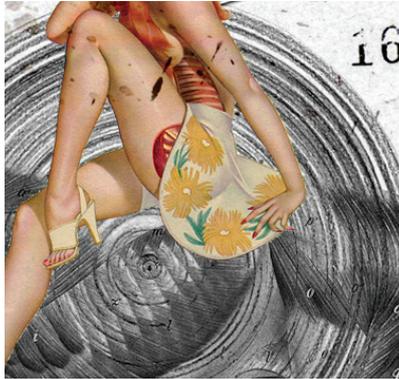
t

t

a

X

c



E

Narrativa

Parricidio

W. RICARDO

—
*La línea se respeta, no por gusto,
sino por default*
—

Crecí bajo la sombra siempre de mi papá. He querido evitar ser él, no porque fuera una «mala persona» sino porque era muy buena persona. Dejó que toda injusticia pasara sin jalar el gatillo ni una sola vez. Me enseñó siempre que la muerte no era buena, para él era una maldición que Dios nos había impuesto por haber comido la manzana prohibida. Era testarudo y necio. Siempre se levantaba a las 4:00 a.m., salía a correr con su música clásica y regresaba a pintar a su estudio. Hoy está muerto, gracias a mí.

Un día regresó del trabajo como siempre, puntual. A las seis de la tarde, ya todos teníamos que estar sentados en la mesa y empujando nuestras emociones para que no hubieran problemas en la cena.

—Buenas noches, familia. ¿Cómo está mi Helena y mi Pericles?

Mi señora madre le decía siempre que se apurara a comer. Que estábamos con hambre. Y que se dejara de cursilerías que había aprendido en

alguna radio corriente. Mi mamá siempre lo trataba como mosca de miel.

Él corría rápido a darnos un beso a cada uno de la familia y se sentaba a comer, mientras todos empezábamos a comer en silencio sin tratar de saber cómo le había ido en la vida. Él nos contaba cualquier cosa que se le venía a la mente con tal de hablar. El silencio lo volvía loco. Él era un loco. Desde joven se dedicaba a dibujar todo tipo de gordos. Una vez me explicó su gran filosofía. Según él, era una crítica a la sociedad, un espejo, porque creía que todos eran unos glotones, cuya única tarea en el día era comer y comer. Ellos comían cuando se despertaban, ellos comían cuando se bañaban, cuando era hora de receso, cuando era hora de almuerzo, cuando era hora del café de las cuatro, cuando tocaba ir de regreso a la casa, cuando llegaban a su casa y, otra vez, empezaba el ciclo.

En mi opinión siempre creí que debió dibujarse a él mismo, si es que quería hacer una crítica. Él era un pretencioso, la simple idea de creerse superior a los demás lo hacía el tirano más grande del mundo. Un ignorante total de lo que implica conocer las mayores experiencias para optimizar las relaciones de poder. Él se creía siempre con la razón. Una vez lo confronté, como cosa rara, y peleamos, él terminó insultando a los dioses griegos por no haberme golpeado de niño.

Entonces decidí no contestarle nada. Era mejor no empezar una discusión con él, porque siempre me decía que un joven nunca debe corregir a un adulto. Me dije que era mi autoridad y eso merecía respeto, no por el hecho de que lo admiro y lo sigo como líder, sino como aquel que me dejaría morir de hambre con tal de castigarme hasta que aprenda su doctrina.

Entonces, comíamos en la mesa como dinosaurios. Todos fijos viendo la comida, mientras papá seguía dale y dale con decir cualquier burrada con tal de hacernos hablar. Mi mamá era la que se compadecía de él y lo escuchaba tiernamente. Comprendía lo que yo también comprendía. Comprendíamos que él solo lo hacía para tener un poco de atención de sus seres amados. Pero lo odiábamos por débil. Tuve la buena, o «la mala suerte», de criarme más con mi mamá. Había algo en ella que me atraía a estar más con ella. En cambio, mi papá siempre me dio cierto asco. No me gustaba que me diera besos, porque su saliva olía a marihuana y cagada de vaca. Era un mariguano de primera y había días que no decía palabra alguna.

Terminé de comer y fui a McDonald's por un helado. Eso no le gustó a mi papá. Desde pequeño me prohibía esa comida, esos juegos y esa gloria de vivir en este tiempo. Me fui a pesar de sus regaños, a los 18 años era una rebeldía muy ingenua de mi parte. No me gustaba hacer relajos en mi casa por tonterías, yo entendía la jerarquía y mi condición de dependiente, así que no dejaba que ningún vicio entrara en mí, como las drogas o el alcohol, es más, ni siquiera pornografía miraba. Entonces, esto era mi rebeldía. Mi libertad, mi respiro de este mundo tan aburrido. Bueno, mi mundo.

Llegué al restaurante y me bajé. Me gustaba comer solo, me daba paz, me gustaba el silencio y más me gustaba no tener que emitir juicios, como me tocaba siempre en mi casa. Vi por el vidrio y me gustó el orden y la limpieza de los Mac's de Guate, en otros países siempre es un desorden y un caos. En Italia se te meten enfrente y les *pela* y, como andás ahí de turista sin saber nada del idioma, no queda más que extrañar el servicio de los restaurantes de Guate. En Estados Unidos, estos

restaurantes son lo peor que existe, muchos huelen a orines y los obreros te tratan muy mal, casi nunca sonríen.

En fin, el Mac de Guate es bueno y a nivel mundial. *Haters will hate...*

En la entrada me abrieron la puerta. Caminé y ya alguien estaba limpiando el piso rojo de cuadros. Escuché la primera sinfonía que cambió mi vida de niño: el ruido de las cajas y las freidoras. Había mucha cola, pero eso estaba bien, era una excusa más para estar fuera de casa. Me faltaban unas dos familias para llegar a la caja. En eso empecé a ver los *chats* y *tweets*. Me actualicé rápido de todos los temas vitales de política, de farándula, de deportes, de religión y de los memes. Después de cinco minutos me tocó el alma una cobradora de Mac.

Me dio la línea de entrada y ella me pareció la cosa más bonita que había oído y visto. Estaba con el pelo recogido en una trenza larga, sus pestañas eran largas y frías. Tenía unas curvas que te hacían compresionar hasta casi explotar el motor. Era morena y se le hacía un hoyito en la mejilla del lado izquierdo. Me puso muy excitado desde que la vi. No podía dejar de verla a los ojos.

—Lo escucho, caballero...

Tonto, me había quedado callado un rato en lo que la describía en mi mente. La lectura me había dejado esta mala maña de narrar todo en mi mente. Era un vicio, a veces me daba una sensación de estar narrando un drama mexicano. Bajé de la nube y le dije que me diera un *sundae* de caramelo y su número. Le dio risa y por la cola que había recibió el dinero, automáticamente me regresó mi vuelto. Me corrí al lado izquierdo con mi bandeja y la seguía viendo, como cuando un perro mira a otro en el carro. Solo viendo. Ella me volteaba a

ver rápido y yo le sonreía de vuelta. La esperé toda la noche como un asesino. Salí a mi carro y puse música de mi celular. La quería, así como cuando bailas por primera vez con una niña y andás cachondo desde el momento que la agarrás de la mano y le das la vuelta para que te perree. Así me sentía, no podía dejar ir este momento. Es malo dejarlos ir, su imagen te caza en las noches como shinigamis.

Las 11:30 de la noche y, por fin, decidió salir. La vi desde mi retrovisor, mientras ella se despedía del gerente que le abría la puerta y le miraba las nalgas mientras ella caminaba. Me bajé rápido, dicen que no hay que pensar cuando vas a hablarle a una mujer, solo te debes dejar ir, como en el resbaladero.

Ella iba por la señal de entrada del restaurante cuando la intercepté. Estaba con pantalón negro, un suéter café que decía *Hershey's*. Le dije:

—Ya no me diste tu número.

Ella me contestó que no podía, que tenía novio. Yo le contesté que ya no porque ahora estaba conmigo. Eso le gustó mucho y se rió fuertemente. Yo también lo hice. Ella me dijo que parecía reguetero y yo le contesté que ella parecía gata. Eso le gustó más. De pronto un bus apareció tocando la bocina tres veces y ella lo vio... Antes que dijera algo le dije que la llevaba a su casa, que no se asustara, que yo era bueno. Ella dijo que no debía hacer eso pero que vivía cerca y no quería viajar en el bus público porque estaba muy lleno y a los viejitos cómo les gustaba soltar uno que otro gas a esas horas de la noche.

Nos besamos desde el momento en que se subió al carro. Tanto fue la excitación de los dos que sin querer quitamos el freno de mano y mi carro empezó a rodar hacia atrás. Se detuvo cuando el sal-

to, que provocó el contacto de las llantas de atrás con la acera, nos levantó del asiento. Nos pareció muy gracioso y me dijo que nos fuéramos mejor, que no quería que su abuela se preocupara.

Llegamos a Santa Catarina Pinula, un pueblo cerca de los alrededores de la ciudad. Es como todo pueblo del interior: calles angostas y una iglesia en el parque. Su casa estaba hundida en la tierra. Era la casa de una familia pobre, con barrotes en las ventanas y un portón hecho de lámina. No me importó en un primer momento, estaba enamorado de ella. Nos besamos como en las películas y se fue, intercambiamos números y no dejábamos de chatear. Esto quitaba lo aburrido a mis días.

En las primeras dos semanas yo siempre llegaba a tomar un café a Mac, porque comer todos los días basura hace daño. Me gustaba mi cuerpo delgado, no voy a mentirles. Sentíamos las horas cortas y todas las actividades que hacíamos las hacíamos con una sonrisa en la cara. Ella me contaba cómo hacía la contabilidad de las pajillas (no las que creen los españoles), y mientras pensaba en mis ojos se le pasaba la hora extra volando. Decidimos que era tiempo de llevar la relación a otro nivel, era tiempo de salir con nuestros amigos.

Yo dije que iríamos primero con los suyos, pues un caballero siempre debe ir segundo. A excepción de ser una bala, ahí si nos toca poner el pecho. La fiesta quedaba en la zona 6, por la academia de policía. Era una zona que no me agradaba, siempre había calor, pocos árboles y calles con las casas muy pegadas. Era un barrio y no pude ocultar mi temor de ser asaltado. Llegamos a un callejón muy metido en una colonia llena de túmulos. No había muchos carros afuera del portón gris, solo un Honda Civic blanco. En la entrada

estaba un grupo de jóvenes con gorros planos y camisas largas. Fumaban marihuana y yo, a cada paso que daba, me sentía más arrepentido que nunca. La saludaron y le dijeron un apodo que no entendí. Era una palabra en inglés pero mal pronunciada. Me saludaron dándome un abrazo de *homie* y me sentí aceptado. Lo único que se me ocurría decir era «buenas noches». Ese día se me ocurrió vestirme con camisa de botones y pantalón caquí. Mala idea. Era el típico niño rico en la casa de *gangsters*. El primo de ella resultó ser un marero de la dieciocho. Me asusté más y durante toda la noche me quedé tomando Pepsi caliente porque me dijeron que no podía usar los hielos, esos eran solo para los jefes. Los demás tenían que tomar puro el ron, pero en mi caso se me permitía tomar soda por ser invitado. Mi chica de Mac se veía muy hermosa. Tenía unos pantalones pegados con una blusa negra con escote. El pelo lo tenía liso y se había puesto brillo en los labios. Me besaba de vez en cuando, cuando me miraba aburrido. Me perturbé más cuando empezaron a jalar cocaína con un quetzal enrollado.

Odiaba las drogas, me recordaban los días cuando mi papá nos ignoraba por completo. Cuando se drogaba se ponía violento, no a nivel de prisión, sino que se encerraba por horas y horas y cuando salía de su estudio de pintura seguía ido. Se enojaba si alguien entraba en su cuarto sagrado antes de terminar la obra. Así que ahí estaba yo, viendo a todos desperdiciar su vida. Cada momento la fiesta se iba poniendo más prendida, las drogas hacían efecto en la gente y en las bocinas. Mi chica no consumió, hasta que sacaron un *popper*. Me explicó que era una droga que inhalabas cual gas y que en cinco segundos te daba una sensación muy rica, pero que tenía su precio pues te dilataba

el ano. Me dijo que era inofensiva, que era lo que consumían las modelos para no engordar. Le dije que ella consumiera, que no se preocupara por mí y ella me replicó que no quería hacerlo si yo no lo hacía. Lo hice, sentí que mi cabeza se me inflaba por unos segundos y mi cuerpo se iba derritiendo. Lo del ano también era cierto, nos reímos mucho durante el efecto. Yo me sentía como perdido, empecé a hablar más y averigüé cosas que no estaba acostumbrado a oír.

La mejor amiga de mi chica se me acercó para examinarme. En este momento estaba solo en el sillón de la casa. Verán, la fiesta tenía lugar en una pequeña sala con sillones y sillas plásticas, el piso era de granito y el techo estaba hecho como de popopos. Había una pequeña mesa en el cuarto y mi casi novia se había ido al baño cuando la amiga llegó.

Ella estaba vestida como una mujer de las esquinas. Tenía minifalda de cuero, tacones blancos altos y en el torso vestía un bikini y una chaqueta de cuero. Sus senos eran bastante grandes y su rostro bastante redondo. Sonreía mucho, pero imaginé que era por el efecto de las drogas. Me contó que ella era prostituta y que lo hacía porque no tenía de otra, estaba sola en el mundo y tenía que cuidar a su hijo. Pero que también le gustaba mucho el *capirucho* y alguien gritó algo que no entendí y todos se rieron. Después pasó lo que no quería, me preguntaron qué hacía. Les dije que estudiaba: el primer año de administración de empresas. Me dijeron que estudiar era para los tontos. Me dijeron que ellos no lo hicieron porque no les daba el dinero, yo les expliqué que solo lo hacía porque así estaba programado. Ellos no comprendieron y me dijeron que era un fresco. Que probablemente yo podría ser una víctima, y me explicaron que

siempre escogen personas como yo. Me reí por los nervios y todos dejaron de hablarme, como que les aburrí, y hablaron sobre cómo mataron a uno de la mara los policías, que ahora tenían que ir a matar a un policía y dijeron que iban a matar a uno gordo de la zona 14. Terminó mi tortura a media noche. Quedé muy asustado.

Era el momento de mi fiesta, fuimos a un condominio de un amigo mío. Iba a tirar una fiesta y me habían invitado. Al parecer era la celebración de cumpleaños de él y una amiga de la otra sección de la universidad. Fuimos a unos apartamentos de la zona 10. Era un edificio muy lujoso. La fiesta fue en el área social con acceso a la piscina caliente, llegó mucha gente. Cuando entré con mi cita de la mano, noté que muchas mujeres me miraban mucho y se secreteaban. Ella, al igual que yo en su fiesta, se miraba fuera de lugar. Todas las mujeres de mi red social estaban vestidas con faldas de flores o puntos, con *tights* y unas botas de diferentes estilos, pero todas parecían de soldado o de escalador. Sus blusas eran extra grandes para mostrar los hombros. Algunas de ellas no se peinaban y otras tenían rapada la cabeza de un lado. La mayoría estaba tatuada y usaban lentes negros y gruesos. Mi chica llevaba unos jeans descoloridos y acampanados, una blusa roja con unos adornos en los hombros y el pelo hecho una cola.

Saludé a mi grupo de amigos y la presenté. Ella no dijo nada en toda la noche y no me soltaba del brazo. Cuando mi amigo me dijo que lo acompañara a traer unas botellas a su apartamento, fue cuando pasó lo que temía. Comprendí que no quería que ella subiera a su casa, por eso le dijo a su novia que se quedara con mi *date*. Al subir en el elevador empezó a reírse fuerte y me preguntó que qué ondas con ella. Le dije que estábamos salien-

do y me contestó que no me imaginaba tan caliente. Eso me molestó mucho y le pregunte a qué se refería con eso, mientras el elevador hacía el ruido para bajarnos en el piso catorce. Siguió el camino a su puerta y me dijo, sin parar de caminar ni voltearme a ver, que ella era una flor de barranco. Yo entendí a la perfección lo que decía y le dije que era un clasista de mierda. Se rió más fuerte y me dijo que eso de enamorarse entre clases era algo que solo pasaba en la tele. Le dije que eso no sería así conmigo, que yo estaba sólido en mis sentimientos. Él me dijo que me lo estaba advirtiendo y que solo lo hacía para protegerme. Le dije que no se preocupara por mí, que yo sabía cómo cuidarme.

Bajamos, y de la rabia la fui a traer y nos fuimos de la fiesta. Ella me dijo que mis amigos le habían parecido muy amables y buenos, que ella le gustaría tener amigos así y no tan delincuentes. Le dije que no eran tan buenos como parecían, ella me dijo que sí lo eran. Le dije que no fuera ingenua. Tuvimos nuestra primera pelea, terminó conmigo. Pidiendo perdón y llorando, ella se compadeció del primer hombre que había visto llorar. Terminamos haciendo el amor en el carro. Esta vez se nos fue otra vez el carro para atrás y topamos con un árbol. Se estaba volviendo algo de nosotros, algo especial.

Nos hicimos novios para Navidad, a ella le tocó trabajar el 25 y yo la acompañé desde que abrieron el restaurante. Llevé un libro que había encontrado en la librería Artemis, uno de ciencia ficción. Prefiero comprar mis libros en Sophos, pero esta vez decidí darle una oportunidad a esta librería y a este autor: Robin Cook. La novela terminó siendo muy interesante, trataba sobre lo que hacen las clínicas modernas para poder conseguir células madre y hacer mucha plata. Lo terminé de

leer justo cuando ella salió de la cocina para irnos. Este día fue muy especial para mí porque me tocaba conocer a su mamá.

Por primera vez entraba a la casa enterrada. Se entraba por tres angostas gradas entre la tierra y la pared. Al entrar había una sala pequeña con un Jesús gigante en una esquina. No había televisor. Seguimos entrando y en la otra habitación estaba la mesa ya servida, y la mamá todavía dándole vueltas al ponche. La señora me trató como rey. No dejaba de moverse y preguntarme si estaba a gusto. Yo le contestaba que estaría más a gusto si ella se sentaba con nosotros. Ella decía «qué lindo tu novio, mijita». Me contó tantas historias de mi novia de niña y supe que ella era para mí. Desde muy niña, le gustaba escalar en la cocina. Sacaba las gavetas y, cual escaleras, subía hasta donde estaba el mueble. Una vez haciendo esto se quemó las manos mientras gateaba encima de la estufa que recién había sido apagada. También supe que era la mejor en la escuela y que le quedaba un año para graduarse. No me había contado que estudiaba y mucho menos que iba a la escuela los sábados, me pareció muy noble de todas formas. Subimos a su terraza para ver los fuegos artificiales mientras su mamá miraba su novela brasileña. Nos echamos un poncho y bajo las estrellas y el humo de los cuetes hicimos el amor. Lo hicimos sin condón. Queríamos casarnos, por eso la idea de tener juntos un bebé no nos era tabú.

No quedó embarazada, garantías de Dios. Me puse a pensar que tendría que dejar la universidad y que mi vida no tenía que complicarse de ese modo. Llegó Año Nuevo y la llevé a mi casa. Por ser mi papá liberal y mi mamá una mujer hermosísima que sacrificó el dinero por estar con mi papá, me dije que todo iba a estar bien. Cuánto

me equivoqué. Mis papás empezaron a preguntar cosas clásicas de papás: de qué trabajaba, en dónde vivía, qué estudiaba, cuáles eran sus metas. Por supuesto, ella con su vocecita contestó todo muy fluidamente. Su forma de hablar era distinta a la mía. Ella acertaba mucho las palabras y decía mucho el «na ya sí sí vaa». Me gustaba oírla hablar así. Siempre pensé que tenía más dominio del español, no que yo siempre tenía que usar anglicismos para expresarme. Cenamos en la mesa del comedor formal, el que siempre se usaba para las celebraciones. La fui a dejar a su casa y muy emocionada me dijo que mis papás eran una historia de amor. Yo le dije que era algo particular. Me preguntó qué significaba eso. Le dije que era algo insólito. Muy seria me dijo que me dejara de cosas de *nerd* y que no jugara así con ella, porque a ella no le gustaba ese tipo de bromas. Acepté y le expliqué que las dos palabras significaban que era un evento fuera de lo común. Me dijo que era verdad.

Al volver a mi casa pasó lo que no quería, lo que menos me imaginé. Mi papá estaba en la sala con el pelo desordenado y mi mamá llorando en la sala. Me llamaron y me dijeron que era necesario que habláramos, mi mamá solo le decía que era un monstruo y que nunca se hubiera casado con él de haberlo conocido como era en verdad. Él le decía que se callara, que ella no entendía nada. Me dijo pacientemente:

—Mijo, yo sé que ahorita estás enamorado pero... Te lo digo así: ya no podés ver a esa niña.

Le contesté que estaba loco, que yo la amaba en serio. Le dije que nunca lo pensé de él, en especial con su historia. Él me dijo que lo que él hizo fue distinto a lo que yo estaba haciendo, me dijo que mi mamá y él, a pesar de no ser del mismo estilo pertenecían a la misma universidad privada.

Lo que yo estaba haciendo era algo malo, porque no podía rebajarme. Eso sería absurdo. Ella, según él, iba a hundirme lentamente en todos sus problemas. Claro, que en ese momento no le di la razón. Le dije que era un frío y que no esperaba eso de él, que se las llevaba de intelectual. Terminé la conversación corriendo a mi cuarto y a llamar a mi novia.

A los tres meses todo iba bien hasta que ella empezó a pedirme favores. El primero implicó llevar a su primo marero al hospital porque lo habían balaceado. No objeté nada y lo llevé. Me costó 300 quetzales limpiar la sangre de los sillones, adiós al concierto de Matisyahu. Eso me molestó un poco y ella me dijo que era la última vez que lo hacía. Después todo empezó a tornarse más complicado. Ella empezó a salir más con su amiga la prostituta y siempre iban al prostíbulo Maddona's. Ahí, mi novia empezó a consumir piedra y siempre me tocaba ir a traerla con vómito en la boca y los tacones en la mano. Ya no la iba a ver mientras trabajaba. Todos esos desvelos me tenían exhausto.

Hasta que un sábado, mientras ella salía de estudiar, le dije que teníamos que hablar sobre cómo estaba ella manejando las cosas. Me dijo que ella también me quería hablar desde hacía un buen tiempo. Le dije que ya no quería que ella se juntara con sus amigas, porque la estaban jalando a un camino muy peligroso. Me dijo que eso hacía antes de conocerme y que no pretendía cambiar por mí. Le dije que yo solo quería lo mejor para ella. Por supuesto, esto lo tomó muy mal y me dijo que yo no era su papá, que nunca lo necesitó y nunca lo iba a necesitar. Yo le dije que mi intención no era esa, pero que ella se estaba comportando de una manera muy egoísta, porque yo siempre era el que tenía que sufrir por su fiesta, tenía que arries-

gar mi integridad física y patrimonial. Se enojó porque usé esa palabra. A ella no le gustaba que yo usara esas palabras.

Entonces, me dijo que ya no la fuera a buscar y punto. Yo le dije que no confiaba en que se fuera con otra persona en ese estado. Ella me gritó que dejara de ser su papá. Ella conocía a sus amigos y ellos, muy delincuentes podían ser, pero nunca harían ese tipo de cosas. Empezó a decirme que los únicos enfermos de la cabeza eran los ricos, porque tenían tanto tiempo para perder que se lo gastaban viendo porno y haciendo vandalismos. Me contó cómo una vez en el McDonald's tuvo que recoger los papeles usados del baño de hombres, y limpiar los lavamanos que habían sido cagados y orinados por un grupo de patinetos que estaban por ahí. Me lo dijo con lágrimas en sus ojos. Yo le dije que eso solo fue pura casualidad, que no podía condenar una clase entera por un incidente. Me dijo que por su casa una niña y su mamá fueron atropelladas por un joven que iba borracho. No le pasó nada, pagó la fianza y siguió bebiendo. Ella, tiempo después, lo había visto en Maddona's. Le dije que no todos éramos así. Ella me dijo que me dejara de hacer ilusiones. Ella sabía que lo nuestro no podía pasar, yo le dije que eso no era verdad. Ella me dijo que ella no era tonta, supo todo desde el principio. Me dijo que mis amigos nunca le hablaban y siempre la ignoraban cuando yo no estaba, que mis papás siempre se callaban cuando ella estaba ahí. Nunca hablaban con ella. Lo entendía bien, y yo perdí los cables, fue la rabia que me inundó. En realidad no quería que fuera contra ella. Estaba enojado con mi círculo de gente clasista, toda esa masa burguesa que solo sirve para hacer mierda las historias de amor. Así que exploté y se me salió:

—¡A mí no me importa que seas una shuma!

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se bajó del carro corriendo. Intenté alcanzarla pero se subió a una camioneta y se fue. La intenté llamar por días y días, intenté ir a su casa pero su primo me recibió en la entrada diciéndome que si apreciaba mi vida, lo mejor era que me fuera. Le dije que necesitaba recuperarla, y él me dijo que ya sabía cómo la había llamado y me dijo que por mis huesos era mejor que me fuera.

El domingo la fui a buscar en su turno de la mañana y al verme desde la caja solo suspiró y siguió sonriendo mientras atendía a los clientes. Le dije si le podía hablar y rápido fue a llamar a su supervisor para contarle que yo era un hombre que la acosaba. Me echaron del restaurante.

Me fui a mi casa llorando como un niño. Entré a mi casa y mi mamá me consoló. Mi papá llegó de la galería y cuando me vio así corrió y me preguntó qué tenía, que le contara qué había pasado, quién había muerto. Como pude balbuceé que habíamos terminado. Él se rió y me dijo que eso no era una mala noticia, que era buenísima. Perdí los estribos y me lancé sobre él. Le dije que por culpa de él y culpa de todos yo había perdido lo que más amaba. Mientras lo estrangulaba, mi madre en vano intentaba separarme de él, pero yo estaba fortísimo y nada detenía el odio que tenía. Mientras estrangulaba a mi progenitor, le gritaba que muriera, él y todos los prejuicios y preceptos de nuestra clase.

Ahora escribo desde mi celda en el anexo del preventivo de la zona 18. Me calificaron como un peligro para la sociedad y me encerraron por cincuenta años. La pena máxima. Paso los días reviviendo el momento. Vivo mis días arrepentido, no por lo que le dije a ella sino por haber matado a mi papá. Unos días de esos calurosos en la cárcel lle-

gó un nuevo recluso. Noté que lo conocía de algún lado, pero al primer momento no di con él. En la noche me recordé que lo había conocido en la casa del primo de mi ex novia.

Me saludó y dijo que también se recordaba de mí. Después me contó toda la historia. Ella y su primo habían estado enamorados desde siempre, pero nunca se habían atrevido a decirlo, hasta que un día lo hicieron público. En Maddona's se juntaban y se divertían mucho. Juntos eran un huracán. A ella se le veía muy feliz, pero en un momento de la noche ella perdía la felicidad y lloraba por mí. Entonces, me explicó que no era tanto por lo que ella me dijo sino porque ella estaba enamorada de su primo. Hasta el día de hoy están juntos. Comprendí lo que mi papá me dijo y ahí fue cuando en verdad me arrepentí del acto tan impulsivo que había cometido. Y día a día escribo mi historia, tratando de cambiarla pero siempre termino con la misma verdad. No puedo traicionar la realidad otra vez, ya no creo en las ficciones. Ya no creo en nada. He pensado en suicidarme pero no quiero arruinarle más la vida a mi mamá, que aún me viene a visitar. Aunque no me habla, siempre me trae comida, jabón y dinero.



Handwritten notes and signatures.

16030



UNIVERSITY OF
MICHIGAN LIBRARY

B R A
B R
A B
A
D

2
3-
4
5





Extracto

—
ARTE GRÁFICO

Proemio

La estética de las posibilidades

JOSHUA MORALES

La apertura sensorial constituye una categoría del espíritu capaz de percibir al mundo sin la pretensión de entenderlo, sino con el propósito de tocarlo, de escrutarlo, de experimentarlo y de vivirlo inventando un lenguaje constructor de puentes entre el yo artístico y ese universo a veces inasible.

La muestra de pinturas de Vanessa Toledo expresa lo anterior. Así como los contenidos de *Extracto II*, la colección de Toledo, aquí expuesta, es otro texto, otra voz susceptible de ser escuchada. Un proyecto pictórico cuya autonomía y coherencia descansa en esa rara virtud incapaz de traicionar su corriente estética, no porque sea una obra transigente y acomodaticia, empero, porque ofrece un panorama temático certero y fuertemente convencido de su discurso crítico, terriblemente antropológico y poderosamente absorbente en su atractiva oscilación entre lo clínico y lo nostálgico.

El hecho estético de las pinturas, en definitiva, ofrece un periplo hacia la introspección, hacia lo profundo en donde languidece toda verdad y las imágenes se arremolinan en una vorágine de tentativas y de aproximaciones. A partir del primer contacto entre la muestra de la autora y el lector,

pues, la obra de Toledo dejará de ser de ella y comenzará a universalizarse en una dinámica permanente e infinita de significados.

VANESSA TOLEDO



1

Árbol
genealógico

2



3

— Sin
título



— Amada
Amputación



— Sin
título



— ¡Llebadme por piedad, que
tengo miedo de quedarme
con mi dolor a solas!



Pabellón norte,
habitación # 37





Y yo, ¿qué vela tengo
en este entierro?

El Espacio exterior



Muerte clínica I
(muerte cerebral)



Muerte clínica II
(ataque al corazón)



E

t

X

r



a

t

c

O



16030



B R A
B R
A B
A
D

4
5





Extracto

—
E N S A Y O

Ensayo

La habitación literaria de las mujeres

BEATRIZ HERRERA

—

*Me niego a pensar que éste sea un país
para hombres,
parí a una hija, hembra, y a ella no le
negaré su derecho de piso,
mi abuela se lo ganó a punta de trabajos,
mi madre a punta de putazos*

Regina José Galindo

—

Escribir sobre feminismo y relaciones de género es tratar de desenredar una madeja de lana con infinitos nudos. Tal como lo advierte Virginia Woolf, «cuando un tema se presta mucho a controversia —y cualquier cuestión relativa a los sexos es de este tipo— uno no puede esperar decir la verdad. Solo puede explicar cómo llegó a profesar tal o cual opinión». Además de la controversia, es pertinente aclarar que las mujeres son un grupo heterogéneo que se ha visto desfavorecido en la construcción social de roles de género. Un grupo que comparte dos experiencias: la biológica de un cuerpo y la social en un contexto en el que los

hombres se han adueñado del discurso público; es a partir de ambas que se construye el amplio espectro de lo que significa ser mujer.

El feminismo cuestionó el papel de la mujer en la sociedad y emprendió la lucha por la equidad de derechos para mujeres y hombres. También es una escuela de pensamiento en el que las intelectuales han abordado la construcción social del sexo y el género, permitiendo que se abran las puertas para que se visibilice la experiencia de mujeres y de personas con distintas orientaciones sexuales. Todo este impulso también incide en la literatura, en donde las mujeres han podido hacerse de espacios en los que pueden manifestarse sin tener que disfrazarse de hombres. Es así como aun en un país en el que la equidad de género no termina de acentuarse, las mujeres ya están buscando sus espacios, luchando por el lugar que merecen en el discurso público y en el canon literario, infligiendo sus propios significados y su propia estética.

1. Desarrollo de la teoría feminista

La teoría feminista consta de dos etapas principales (Kristeva, 349). La primera la protagonizaron las feministas existencialistas cuyo objetivo era ocupar un lugar en el tiempo lineal, como tiempo del proyecto y de la historia. Deseaban globalizar los problemas de las mujeres de diferentes medios bajo la etiqueta de la mujer universal, la mujer que participa en las decisiones políticas y económicas. La segunda surge después de 1968, cuando resaltó el interés por la especificidad de la psicología femenina y sus realizaciones simbólicas. Las mujeres de esta época trataron de darle un lenguaje a las experiencias corporales e intersubjetivas que la cultura anterior dejó muda.

Incluyó a artistas y escritoras que se involucraron en una exploración de la dinámica de los signos. Exigieron el reconocimiento de una singularidad irreductible y resplandeciente en sí misma, plural, fluida, no idéntica.

Este segundo grupo se encargó de reelaborar la teoría marxista y la teoría psicoanalítica que en ese momento dominaban la mentalidad intelectual. Estas dos corrientes fungían como los ordenadores simbólicos de la realidad y, naturalmente, estaban elaboradas a partir de la experiencia masculina. Por lo tanto, «las mujeres se sienten abandonadas a su suerte por el lenguaje y el vínculo social. No encuentran en ella los afectos ni las significaciones en las relaciones que mantienen con la naturaleza, sus cuerpos, el del niño, el de otra mujer o el de un hombre. Esta frustración, que no es ajena a algunos hombres, se convierte en lo esencial de la nueva ideología feminista» (Kristeva, 354).

En el caso del psicoanálisis, Irigaray (69) destaca cómo Freud no concibe dos sexos cuyas diferencias se articulan en el acto sexual y, de forma más general, en los procesos imaginarios y simbólicos que regulan el funcionamiento de una sociedad y una cultura. Al contrario, lo «femenino» siempre se describe en términos de una deficiencia o atrofia, como el otro lado del sexo que sostiene el monopolio del poder: el sexo masculino. La autora destaca cómo la sexualidad femenina se ha reducido a hablar sobre la falta del falo y la necesidad de poseer uno a través de los hijos o los padres. La importancia de la definición de masculinidad que derivó del psicoanálisis llegaría también a fundirse con la noción de «autor». El término «autor» que deriva de «autoridad». Para Said (citado por Gilbert y Gubar, 4), no solo se limita al poder para imponer obediencia, sino que expresa

el poder de un individuo de instituir y establecer. Ese poder es un incremento de lo que ya existe, una continuación de la creación de Dios. Como un dios, el autor controla su creación y lo que deriva de él, la autoridad mantiene la continuidad de su curso. Lo más importante es que ese individuo con semejante poder es un ser masculino, pues el autor de un texto es un padre, un progenitor, un procreador, un patriarca estético, un dios.

Retomando a Kristeva, el interés central de la nueva generación femenina consiste en repensar el contrato socio-simbólico como contrato sacrificial, entendiendo que el orden social es sacrificial porque el sacrificio detiene la violencia y encadena un orden, ya sea el de oración o la paz social (Kristeva, 358). En un orden social en el que las mujeres son vistas como un apéndice de los hombres, incapaces de ser autoras y de ser reconocida su sexualidad, se necesita un espacio de desahogo, alguna herramienta para expresar cuál es su verdadero sentir.

2. La literatura como vía de transgresión y libertad

La literatura es un espacio de rebeldía y de juego. Es también un espacio privado al estilo de Emily Dickinson quien escribió toda su obra encerrada en su habitación. En otras palabras, es el espacio que permite «desahogar el peso sacrificial del contrato social y de alimentar nuestras sociedades con un discurso más flexible, más libre, que sepa nombrar lo que aún no ha sido objeto de circulación comunitaria: los enigmas del cuerpo, las alegrías secretas, las vergüenzas, los odios del segundo sexo» (Kristeva, 359).

Entonces, la literatura es la herramienta capaz de transmitir el mensaje de las mujeres que no ter-

mina de ser aceptado en otros ámbitos de la sociedad. Es también el espacio socialmente aceptado para mensajes transgresores del *statu quo*, donde se pueden expresar los desacuerdos y las voces de las mujeres. Pero hay un problema: la literatura y el derecho a escribir han pertenecido tradicionalmente a los hombres. Gilbert y Gubar, en su análisis sobre la paternidad literaria, argumentan que la pluma ha sido reservada solamente para los hombres y puede verse como una analogía del pene. La terrible consecuencia de la apropiación masculina de la literatura, es que parece haber un vacío, una posibilidad nula de que las mujeres ocupen un lugar como creadoras, como autoras, como diosas. Por lo tanto, Gilbert y Gubar (8) afirman que: «Una mujer que pretende portar la pluma no es solamente una intrusa y una criatura presuntuosa, sino que ella es absolutamente irredimible: ninguna virtud puede contrarrestar la falta de su presunción porque ella ha cruzado de forma grotesca los límites establecidos por la naturaleza».

Desde un enfoque de sociología del arte, se puede entender la literatura construida por mujeres de la misma forma en que se entienden los «períodos de ruptura». Este término se refiere a aquellos períodos en los que se inventa un nuevo arte de inventar y se engendra una nueva gramática generadora de formas, en ruptura con las tradiciones estéticas de un tiempo y de un medio (Bourdieu, 76). En este caso, la ruptura destruye la noción masculina de autor y abre el campo para la creación femenina. Porque la gravedad de la apropiación masculina de la creación literaria no es solamente que las mujeres no accedan a espacios para expresarse, ni que lo que escriban ellas carezca de «calidad», sino que la capacidad de creación femenina aparece totalmente mutilada.

Sin embargo, la pregunta que queda en el aire es ¿estarán formulando las mujeres una nueva tradición estética que involucra sus propias experiencias en un cuerpo y con una visión distinta a la de los hombres?

En este sentido, Cixous, Cohen y Cohen (879) afirman que la poesía es la mejor forma de representación de las mujeres, porque esta implica fortalecerse a través del subconsciente, pues es el subconsciente donde sobrevive aquello que es reprimido. Para estas autoras es importante que las mujeres escriban para conocerse a sí mismas, para tomar los espacios públicos y ocupar lugares en la historia, o el tiempo lineal que mencionaba Kristeva. Incluso, para sacar a luz la capacidad de creación femenina.

3. La literatura de mujeres en Guatemala: el caso de Vania Vargas

El movimiento feminista sacó de las cavernas la opresión de género y manifestó que en la sociedad occidental sí existe un sesgo según el origen y la identidad del autor o la autora en la literatura. Una opresión que se evidencia en la necesidad de tener que luchar para que se abran espacios para ellas y para que se reconozca su calidad literaria. En Guatemala, el periódico digital Plaza Pública abrió un espacio llamado «Mi habitación propia» en el que se han publicado las experiencias de mujeres intelectuales y artistas que viven en un contexto en el que la equidad de derechos aún no es parte de la cotidianidad. Vania Vargas, en uno de los testimonios, afirma que «demasiada fragmentación como para hablar hoy de 'la mujer' y pretender hacerle justicia a las luchas, los sueños y los conflictos que se van resolviendo o complican-

do dependiendo de la Guatemala que a cada una le haya tocado vivir. Con esa advertencia parto de mi experiencia, y de las que he observado, para delinear tan solo una pieza de este panorama» (Vargas, 1).

El texto de Vargas es una síntesis de la vida de una mujer literata, desde su contexto familiar, su primer trabajo, los estudios universitarios y la experiencia con las relaciones de pareja, la sexualidad y la disidencia de la maternidad. Además, incluye un esbozo del canon de literatura femenina guatemalteca, en el que figuran nombres como Luz Méndez de la Vega, María Josefa García Granados, Alaíde Foppa, Ana María Rodas, entre otras. Ella resalta que no a todas las mujeres se les han reconocidos los textos como propios; por ejemplo, la investigación que realizó Luz Méndez de la Vega sobre Sor Juana de Maldonado y Paz que cayó en manos del historiador Luis Luján, quien lo publicó antes sin darle el crédito a Méndez. La revisión de su propia vida y el recuento de la producción literaria en manos de mujeres la llevan a concluir que: «Literariamente el camino había sido abierto, ahora nos corresponde embarcarnos en la lucha de todo escritor, la búsqueda de una voz propia para hacer Literatura a secas, la cual, ya sea que nos lo propongamos o no, dará testimonio de nuestro entorno y sus circunstancias, porque el artista, incluso cuando no lo sabe, no puede evitar ser la voz de ese sujeto colectivo que socialmente conforma» (Vargas, 17).

¿Quiénes somos como sujetos colectivos?
¿Qué tan importante es adscribirse como autora femenina? Las experiencias que narra Vargas sobre las autoras guatemaltecas muestran que sí incide la forma en que se conciben las relaciones de género en la manera en que se juzgan los textos literarios, tanto si se denigran por ser escritos

por una mujer, como si se enaltecen por la misma razón. Kristeva (362) advierte sobre este último punto cuando afirma que «el problema es que se vendan, gracias a la etiqueta feminista, numerosas obras cuyas jeremiadas ingenuas o el romanticismo de bazar habrían sido sin ella rechazadas. Pero es innegable que las mujeres escriben».

Tanto Kristeva como Vargas coinciden en que el espacio en la literatura para las mujeres está abierto y se está aprovechando. Sin embargo, el punto clave es que las mujeres tienen una voz distinta, una forma de utilizar el lenguaje que no necesariamente encaja con las nociones de «alta calidad» de los autores masculinos. Como dice Kolodny (4), la adquisición y el uso del lenguaje no son neutrales en cuestión de género, sino que son parte de la construcción social de los valores basados en la distinción de sexos. Por lo tanto, si la lectura es un proceso de clasificación de estructuras de significación, los lectores masculinos, que se sienten excluidos y desconocidos en los sistemas simbólicos que constituyen la experiencia femenina en los escritos de mujeres, van a denigrar esos textos como indescifrables, sin sentido y triviales.

Lo que procede es que el tema de la mujer y las estructuras de significación femeninas no se constituyan como un blanco de objeciones de baja calidad literaria. Por ejemplo, Toni Morrison, escritora afroamericana y Premio Nobel de Literatura, fue cuestionada seriamente sobre por qué sus obras trataban únicamente sobre raza y los personajes eran siempre afroamericanos. Ella contestó: «Tolstoy escribe sobre raza, todo el tiempo, igual que Zeldá y James Joyce. Ahora, si se le pudiera preguntar a un James Joyce imaginario y decirle “mire, usted escribe sobre raza todo el tiempo, es el tema central de sus novelas, cuando debería

escribir sobre... ¿qué?» (Morrison). Entonces, así como se escribe sobre raza todo el tiempo, se escribe sobre género todo el tiempo, el pequeño detalle es que las mujeres tienen otra perspectiva sobre esos mismos temas de siempre, ellas pueden cuestionar la estructura en la que los autores masculinos centran su dominio literario porque este las ha excluido. Así, las mujeres no tienen por qué guardar ese orden sacrificial en el campo literario, sino elaborar sus propias estructuras de significación. Un ejemplo de esta estructura de significación femenina es la que sobresale en obras como las de la misma Virginia Woolf, que profundiza en la complejidad psicológica de los personajes femeninos, o la de Vargas cuya poesía hace referencia a su existencia como mujer:

«Ella tiene 31
y varias vidas menos
entre la sorpresa y el error [...]
Ella vive como escribe
a gotas / con miedo
con demasiados silencios
—mentalmente—
en una constante agitación interna [...]
Hay que llenar esta espera con cuartillas
—Penélope—
escribir
tirar
y volver a empezar» (Vargas, 55).

4. Las mujeres en la crítica y el canon literario

El análisis del papel de las mujeres en la literatura lleva a la pregunta sobre qué tanto pesa la referencia del género del autor y qué tanto pesa la diferencia de las estructuras de significación utilizadas por las mujeres en la forma en que se

aprecia un texto. La escuela formalista de crítica estaría de acuerdo en que los textos se juzguen por sí mismos y por las reglas del lenguaje, aunque la construcción de estas reglas ha sido una labor mayormente masculina. Desde la perspectiva de la Nueva Crítica Norteamericana, por un lado coinciden en la independencia del texto de su autor, pero está la postura de Eliot (761-762), quien sostiene que los textos se juzgan según los estándares del pasado y que los escritores deben conocer la obra de sus antepasados para estar conscientes de su lugar en el tiempo.

El problema con el pasado, y es algo que Kolodny advierte, es que la historia tiene consagrados a los autores masculinos como únicos miembros del canon de alta calidad literaria. Entonces, las mujeres se ven en la tarea de romper con la forma en que se lee y, por ejemplo, centrarse en Ofelia en lugar de Hamlet (Kolodny, 6).

¿Cuál es la tradición literaria femenina? En la introducción de *The Madwoman in the Attic*, Gilbert y Gubar mencionan que sí existe una tradición literaria femenina. Al estudiar los textos de Jane Austen, Charlotte Brontë, Emily Dickinson, Virginia Woolf y Sylvia Plath, encontraron patrones recurrentes de ciertas imágenes, temas y estructuras de significación femenina. Sin embargo, ¿quién lee a estas autoras y las estudia con atención? Aquí entra en juego también la teoría de la recepción en cuanto a la forma en que los lectores eligen lo que leen y lo interpretan, y también el rol de la educación en literatura. Incluso, en las clases de Literatura de nivel superior, los textos escritos por mujeres no llegan a cubrir ni siquiera la cuarta parte de todas las lecturas. La calidad literaria aún se muestra como una técnica casi exclusivamente masculina. Asimismo, en las compilaciones y

antologías de poesía y narrativa «actuales» de autores guatemaltecos, las mujeres no representan ni la sexta parte de los textos; por ejemplo, apenas hay cuatro mujeres en la antología *Ni hermosa ni maldita*, y solamente dos en *Microfó*.

La idea no es segregar el canon masculino del canon femenino, sino que las mujeres puedan ser parte de las grandes figuras literarias atendiendo las estructuras de significación que se utilizan en sus textos y reconocer que las mujeres sí forman parte de la Historia. Porque las mujeres han escrito y siguen escribiendo, ya nadie pone en duda su capacidad de creación y de proclamarse como autoras. Además, es importante considerar que entre la misma literatura masculina existen segregaciones y relaciones de poder, ya sea por edad, etnia, locación geográfica, género literario o corrientes que se cuestionan las unas a las otras. El punto es que si la literatura es una institución social, haya espacio para todas las estructuras de significación de los distintos grupos humanos.

Puedo concluir que las mujeres sí están abriéndose un espacio en la literatura y en los otros campos de lucha por la equidad de derechos. En cuanto a la calidad literaria y la configuración del canon, hay mucho trabajo por hacer, ya que todavía no ha permeado la lectura de autoras ni se ha estudiado a profundidad las nociones locales de la literatura femenina. En el caso de Guatemala, tratándose del tercer mundo, se unen los conflictos poscoloniales con los de género, por lo que hay que considerar otra noción de complejidad. El caso de Toni Morrison es también el de Rosa Chávez, y el de otras mujeres pertenecientes a grupos étnicos desfavorecidos. Queda pendiente también ampliar el espectro de escritores y escritoras en el ámbito educativo y editorial.

No me atrevo a concluir que la solución para la paz del mundo literario sea hacer literatura sin etiquetas y que se traten de borrar las relaciones de poder que inciden en la forma en que un autor o autora conciben su obra. Tampoco si lo mejor es un plano sin referentes en el que gobiernen únicamente los textos colocados en desorden. Lo relevante es que si es imposible anular las etiquetas, que estas no denigren al contenido que designan; que si hay interés por clasificar y catalogar a los autores o a las obras, que esto no signifique privilegiar ciertas categorías sobre otras como un orden «universal». Mis preferencias las tendré como lectora individual, y la literatura hecha por mujeres tiene mucho que aportar al entendimiento sobre la humanidad.

Bibliografía

Bourdieu, Pierre. (2002). *Campo de poder, campo intelectual*. Tucumán: Montessor. Pdf.

Cixous, Helen, Keith Cohen y Paula Cohen. (1976). *The Laugh of the Medusa*. *Signs* 1.4: 875-893. Web. 27 de octubre de 2014.

Eliot, Thomas. *Tradition and Individual Talent*. En: «Critical Theory Since Plato». (1992). Ed. Hazard Adams. Florida: Harcourt Brace Jovanovich Collage Publishers. 761-764. Impreso.

Gilbert, Sandra y Susan Gubar. (2000). *The Madwoman in the Attic*. New Haven: Yale University Press. PDF.

Irigaray, Luce. (1985). *The Sex which is Not One*. New York: Cornell University Press. PDF.

Kolodny, Annete. (1980). *Dancing through the Minefield: Some Observations on the Theory, Practice and Politics of a Feminist Literary Criticism*. *Feminist Studies* 6.1: 1-25. Web. 16/11/2014.

Kristeva, Julia. (1974). *El tiempo de las mujeres*. 34/44 5: 5-19. Web. 27 de octubre de 2014.

Vargas, Vania. (2010). *Apología de la lectura y de la androginia literaria*. Plaza Pública N.p. 30 de mayo de 2014. Web. 27 de octubre de 2014.

Vargas, Vania. (2010). *Quizá ese día tampoco sea hoy*. Guatemala: Editorial Cultura. Impreso.

Woolf, Virginia. (2008). *Una habitación propia*. Barcelona: Editorial Seix Barral. Web. 27 de octubre de 2014.

Ensayo

La forma y el subtexto como medio para ser internacional:

Un acercamiento a la Desolación de Mistral

ALEJANDRA M. A. OSORIO

—
[...] su obra lírica que, inspirada en poderosas emociones, ha convertido su nombre en un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano

-The Official Web Site of the Nobel Prize
—

El Premio Nobel de Literatura tiene como finalidad el reconocimiento del autor con el trabajo más sobresaliente con la dirección «ideal» (Nobel Media. 2015). Esto de acuerdo a Alfred Nobel en su testamento, generando de esta manera una especie de lineamiento para la candidatura y premiación en este campo. Entre los ganadores del mismo se encuentra la chilena Gabriela Mistral, quien lo recibió en 1945. Su obra en español pasó a ser traducida al francés y unos cuantos poemas al sueco; lo cual proporciona el cumplimiento de uno de los requisitos para la nominación al Nobel.

Pero más allá de ser traducido a otros idiomas, ¿qué es aquello que lo hace internacional? ¿Qué es lo que permite que la obra de Mistral llegue a ser el trabajo más sobresaliente? Más allá del número de ventas que tenga una obra, se debe ver la capacidad de conexión que la misma presenta con los lectores. ¿Qué es aquello que unió a Mistral con personas fuera de Latinoamérica y le dio el reconocimiento como Nobel de Literatura? La obra de Gabriela Mistral presenta elementos de fondo y de forma que van más allá de la temática misma de su lírica, esto es lo que permite que cualquier lector pueda presentar una reacción emocional de cualquier nivel. Mistral puede generar un tono que guía a sus lectores y les permita vivir su *Desolación*.

Como principal punto es necesario ubicar la obra *Desolación* de Mistral como un texto poético. Por lo tanto, para la comprensión total de esta es necesario no quedarse en un nivel denotativo sino ir a lo connotativo. Las temáticas más usadas en *Desolación* son la religión cristiana/católica y, de cierta manera, la mujer en sus diferentes roles o momentos de vida. Pero es el nivel del subtexto el cual se vuelve tan atrayente para el lector, no únicamente el tema *per se*. La mención de Cristo, de las ternuras de la madre y de los parajes remotos no es una simple descripción adornada de los mismos. Encontraremos que estos elementos y la presentación de los mismos trabajarán en dos niveles distintos. Freud, en su *Interpretación de los sueños*, menciona que en el contenido onírico hay funciones manifiestas y funciones latentes (Freud, 1898). Trasladándolo a un sentido literario, lo presentado por Mistral tendrá una función manifiesta en referencia directa a la temática tratada; y una función latente, a partir de lo que realmente quería decir. Al acercarse a la obra, el lector

verá una «historia secreta» entre los versos, que permitirá una reacción más profunda de parte de él.

Mistral genera una renovación de las temáticas conocidas, al brindarles un carácter más humanizado o arraigado a la mortalidad y necesidades del hombre. Lo latente de sus obras encuentra pequeñas grietas en donde sale a la superficie y transforma lo denotado. Ejemplo de ello se halla en el poema *Ruth* de Mistral (2003): «Ruth vio en los astros los ojos con llanto de Booz llamándola, y estremecida, dejó su lecho, y se fue por el campo... Dormía el justo, hecho paz y belleza. Ruth, más callada que espiga vencida, puso en el pecho de Booz su cabeza» (p.18). Recordando el pasaje bíblico se puede apreciar el cambio de la temática misma. En la Biblia se estipula que Ruth se acuesta a los pies de Booz y este mantenía una conducta moralmente casta; los motivos de la mujer eran puros. Es en la obra de Mistral que el elemento latente del erotismo se cuele a la superficie y construye una lectura diferente de la historia de Ruth. La autora le da un factor humano, un aspecto sensual, a dos personajes que son reconocidos por elementos ajenos a ello.

Ese erotismo, el deseo, se encuentra entretejido en las líneas de varios poemas de Mistral. Pero esta habla con voz de mujer, en los distintos roles que puede desempeñar la misma a lo largo de su vida. Desde el cuerpo maternal hasta la mujer observadora, ajena a los trabajos de madre. Pero Gabriela Mistral no sacraliza a la mujer únicamente como madre o virgen, sino que muestra el otro lado de la misma, el humano y carnal. Sin embargo, a pesar de tratar temáticas diversas hay un elemento perenne a lo largo de sus poemas, una sensación de pesadez y tristeza. Como

se puede observar en la canción de cuna *Yo no tengo soledad* (2003): «Es el mundo desamparo. Toda carne triste va. Pero yo, la que te oprime, ¡yo no tengo soledad!» (p.1). Este es un elemento recurrente a lo largo de *Desolación*, ciertamente renueva temas pero los ata a través del dolor.

Conociendo esa mezcla de funciones manifiestas y latentes dentro de la obra de Mistral, también es necesario tomar en cuenta otro factor con el que logra ese contacto con los lectores. La forma y estructura utilizada por Mistral en la construcción de sus poemas transmite las «poderosas emociones». Esto se debe a la generación de un tono y ritmo que guía al lector durante su acercamiento a la obra. Los versos cambiantes de *Desolación* mantienen cierta voz, que puede ser causada por la forma que utiliza Mistral. Pero no se debe descartar este factor, es parte fundamental. De cierta manera, no solo brinda un tono sino que añade cierta novedad. Selden presenta en su libro *Historia de la crítica literaria del siglo XX* (2010) el esquema evolutivo de Striedter, del cual podemos extraer la primera parte: «La obra de arte como la suma de artificios que tienen una función desfamiliarizadora cuyo objetivo es dificultar la percepción» (p. 25). Lo que hace Mistral con la forma es alejarnos de las fórmulas y nociones generales, brindándole un elemento nuevo. Ciertamente dificulta la percepción de la «historia oculta» en algunos casos, pero deja ver con claridad la carga de emociones en cada uno de los poemas. No es caer en la idea de los primeros formalistas rusos, quienes consideraban que el «contenido humano» carecía de significado, sino en remarcar que la suma de los recursos estilísticos empleados en la obra de Mistral tiene como finalidad apelar al contenido humano mismo. Tomando algunos elementos de

Shklovsky, podríamos distinguir que la forma de los poemas exhibidos en *Desolación* presenta un modo único de experimentar con las propiedades artísticas líricas.

La obra *Desolación* presenta niveles manifiestos y latentes, esto quiere decir que denota pero también connota. Toma temáticas que podrían ser parte de un sitio común, pero las renueva con el subtexto que le proporciona. Le brinda a los temas sacros un aspecto más humano; muestra las diferentes facetas que puede tener el hombre, tanto luz como oscuridad, formando una urdimbre de mortalidad. Por lo tanto, Gabriela Mistral muestra un juego de fondo y forma con diferentes niveles de lectura en su obra, que permite una renovación de temáticas y una globalización de las mismas. Aunque la obra sea traducida al francés o al sueco, estos elementos pueden sobrevivir y apelar a la misma emotividad de un público latinoamericano. De cierta manera no podemos concebir su obra sin la respuesta de los lectores. Como lo indicaba Jauss (1967): «La vida histórica de la obra literaria no puede concebirse sin la participación activa de aquellos a quienes va dirigida» (p. 158). Y son estos mismos lectores quienes la coronaron en un trono lírico, porque es esa historia oculta la que logró apelar a un ambiente internacional.

Bibliografía

Nobel Media. (2015). *The nobel prize in Literature*. Recuperado de http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/

Zegers Blachet, P.P. (2005). *Gabriela Mistral: Premio Nobel de Literatura 1945 (a sesenta años)*. España: Cervantes Virtual. Recuperado de http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/gabriela-mistral-premio-nobel-de-literatura-1945-a-sesenta-aos-0/html/018d6cd0-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html#I_0_

Freud, Sigmund. (1898). *La interpretación de los sueños*. Recuperado de http://www.elortiba.org/pdf/freud_interpretacion_suenios.pdf

Mistral, G. (2003). *Desolación*. Biblioteca Virtual Universal.

Jauss, Hans-Robert. (1967). *La historia de la literatura como provocación de la ciencia literaria*. Recuperado de http://www.hermeneia.net/MASTER/Jauss_Historia_literatura.pdf

Selden, R. (2010). *Historia de la crítica literaria del siglo XX. Del formalismo ruso al posestructuralismo*. Madrid, España: Ediciones Akal.

Selden, R., Widdowson, P. & P. Brooker. (2004). *La teoría literaria contemporánea*. 3a. Edición. España: Editorial Ariel Literatura y Crítica.

Mistral, G. (2004). *Yo no tengo soledad*. Universidad de Chile. Recuperado de <http://www.gabrielamistral.uchile.cl/poesiaframe.html>

t

O

c

a



r

X

t



Handwritten notes and signatures in cursive script.

16030



B R A
B R
A B
A
D

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF CALIFORNIA
BERKELEY

4
5





Extracto

-
P O E S Í A

Poesía

La noche en mis pupilas

A. THOMAE

La noche No es negra,
 es un azul intenso, es un oscuro anhelo
 placer que gozan, cuando el alma adormece,
 los noctámbulos, Los que han perdido
 La luz de sus faros han agotado su candor
 ha abandonado su fulgor, El alma, pesarosa
 ha adormecido en quietud El cuerpo, inoportuno
 No es negra La noche,
 es un oscuro anhelo, es un azul intenso,
 angustia que padecen Los que están aquí
 los que no se han ido, aguardando el designio,
 De existir cansados están, efímero respirar
 Qué penoso vivir en espera de terminar,
 Inmutable no se puede estar hállanse en soledad
 La noche No es negra,
 es un azul intenso, es angustia placentera,
 un agudo dolor, un grave regocijo,
 que se cierra en las pupilas.

Poesía

Big bang magenta

MARÍA DE LOS ÁNGELES LINARES
MENDOZA

Con supernovas y cerezas
hice infinito el universo
y en sus agujeros negros
sembré tulipanes blancos.

Cada atardecer regué los sueños
con amatistas líquidas.
Coseché hadas azules
para que iluminaran tus dedos.

Grandes ojos, ciruelas negras,
el polvo de las estrellas que ilumina las miradas.
Universo de magentas que se expanden en
un estallido de vida, muerte y elementos.

Tus trozos de luz que llueven
sobre las mentes vacías atrapadas en el cielo.
Un libro de agujero de gusano
y la multitud concentrada en un punto de la nada.

Puse un cuásar en mi alma
junto al pequeño gato negro.
Cantaba a la luna blanca
que hice con retazos de tus sueños.

Bebí los recuerdos con turquesas tibias
y desangré las lágrimas
para llenar botellas de ausencias
y lanzarlas al mar de mis silencios.
Olvidé la voz que me llamaba a la vida.
En medio del delirio onírico y la parálisis
se me cayó el tiempo, el reloj
y olvidé recoger sus cristales rotos.

Poesía

El Poeta

PAOLA VÁSQUEZ

Si poesía no es lo que se piensa y lo que se siente
entonces ¿qué es poesía? ¿Quién es el poeta?
Acaso es solamente aquel hacedor de lenguaje,
que inventa el cielo y el infierno a través de las
palabras.

Juega caprichosamente a transmitir sentimientos.
Convence que siente pena, dolor, amor, felicidad...
...y detrás de la pluma y el papel hay solamente
astucia
para combinar palabras inteligentemente colocadas,
creando un mundo infinito de sentimientos y po-
sibilidades.
Cada vez se vuelve más sublime,
porque dicta las palabras como si le pertenecieran.

Y se aprovecha de aquel lector que ingenuamente
cree interpretar.
Manipula sentimientos ¿verdaderos o falsos?
Nadie lo sabe y no se sabrá nunca
porque es un secreto que se lleva a la tumba.
Escribe pequeños versos que juntos forman un
poema.

Al final, entonces, tiene sentido aquel verso famoso
que dice: el poeta es un pequeño Dios.

Poesía

Ácido deseo

LAURA ARÉVALO

Creo que existe un lugar en el mundo
en donde el placer llega a mí desde la razón del
qué importa,
del qué pasa, cuando las razones no bastan,
cuando los silencios rotundos del latir se marcan
tan lejos,
tan lentos
odio el principio austero que no principia ni avanza
el deseo in-te-rrum-pi-do

Creer
La luna salta de día en día y cambia de color
y desaparece...

las manos agitadas muestran el deseo del reloj
y los nervios que se muestran bajo la luz del sol,
la noche roja
no me digas vaga, frágil
yo solo invento que siento y olvido sin dolor
yo solo me muestro en un laberinto de contradicción
me resuelvo en intervalos
soy pedazos de las cosas...

Deseo dulce
La brevedad y los besos
el deseo de romper la impunidad

Poesía

La belleza de la muerte

MARÍA ANDRÉE FIGUEROA

Cuando todo oscurece y enfría,
de entre las sombras renacen fantasmas demostrando
noche tras noche lo bella que es la muerte.

Me envuelven en un manto de luz y hegemonía,
en la belleza de lo que alguna vez fui.

La ilusoria percepción de un ser minúsculo que,
con húmedos cristales visuales,
pretende comprender la naturaleza de un deslumbrante origen.

Aquí estoy, hoy y ahora.
Allá están, ayer y antes.

Emitiendo radiación en forma de espectro
forman un espectáculo nocturno.
Yo me deleito en ellas y ellas se deleitan en un
pasado que no se va.

Así es como estos fantasmas alcanzan su eternidad,
desplegándose en mi presente con millones de
años de anterioridad.

y la dulzura que se esconde bajo mis labios
que murmuran
tu olfato
la canción que nos brindaba la noche
una única canción.

Poesía

Intitulado

MARIANA GRAZIOSO

Las calles vacías acompañan a la luz de los
/faroles,
las paredes cuentan vidas de bocas que ya no
/hablan,
sostienen los cantos de existencias pasadas.
Las agujas del reloj hilvanan el tiempo,
tejen historias que unos usan de tapete.

El azúcar se endurece al fondo de las tazas,
la mugre impide al sol atravesar las ventanas,
el polvo corona el pasado,
ensucia el ahora y ahuyenta el mañana.

La vajilla tiembla ansiosa lista para servir el té
pero ya no queda nadie ni nada.
A la casa la habita la nostalgia
y en el sillón, enterrada, está la soledad.

Sin querer abrir los ojos, las lágrimas agrietan las
mejillas,
la inocencia y la niñez llenan de ecos la mansión.
Las cortinas se estremecen con el viento de la
/noche
despeinando los cabellos de una cabeza inerte,
de un cuerpo endurecido, ojos de vidrio.

Los labios secos beben del vaso del ayer
en un intento de sentir otra vez.

Poesía

Un adiós entre labios

PAULINA LÓPEZ

El viento grita lo que tú callas,
un frío abrasador consume mi alma;
crea dudas, la oscuridad me consume,
el miedo se apodera de cada rincón.

La lluvia desmiente tus miradas.
No hay salida, no respiro.
El pasado trata de ahogarme
y el futuro desvanece.

Las promesas escurren por mis dedos
cual agua entre las manos.
Aun cercano estás distante,
tu silencio ensordece.

Me azota tu indiferencia,
no tienes ninguna herida.
Das la vuelta, te alejas;
dejando atrás entre los labios un adiós.



Extracto

—
Guatemala, 2016